9113

José Fernández del Villar

LA PRUDENCIA

Comedia de costumbres populares,
en tres actos y en prosa,
original



MADRID
Sociedad de Autores Españoles: calle del Prado, 24
1925

LA PRUDENCIA

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, et compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

Copyright, 1925, by José Fernández del Villar.

LA PRUDENCIA

COMEDIA DE COSTUMBRES POPULARES,

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

Estrenada en el Teatro Cómico, de Madrid, la noche del 24 de noviembre de 1925.



MADRID

Suceso.ᵉ de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 duplicado

TELÉFONO 5-51 M.

1925

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/laprudenciacomed1789fern

A Loreto Prado y Enrique Chicote.

Al escribir esta comedia me propuse, lo primero, saldar una antigua deuda de gratitud, y lo segundo, satisfacer un vivísimo deseo: el de que ustedes, los más populares artistas españoles, reyes de la escena, me estrenasen una obra. Ninguna de las dos cosas he logrado. La deuda de gratitud, lejos de saldarla, la he aumentado por el sinnúmero de atenciones y bondades que han tenido para conmigo, y el deseo de escribir para ustedes queda latente por la primorosa interpretación que le han dado a «La Prudencia», superior con mucho a lo que soñó mi fantasía.

Quedo, pues, obligado de por vida a ustedes y como un acto de justicia me complace reconocerlo aquí, poniendo a la cabeza de esta humilde comedia, sus nombres preclaros.

Gracias por todo, amigos míos.

Les quiere siempre su devoto admirador,

J. Fernández del Villar.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PRUDENCIA	Loreto Prado.
NATI	Julia Lajos.
MATILDE LA CLAVELES	Guillermina Soto.
VERÓNICA	Paula Martín.
EL SEÑOR GABINO	Enrique Chicote.
FERMÍN	Julio Costa.
DON ANTONIO	Benito Cobeña.
COQUITO	Julio Castro.

La acción en Madrid. — Época actual.

Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Una habitación, con oficios de antesala, en el modesto cuartito que, en una casa de las llamadas de corredor, ocupan Prudencia y su hija Nati, en los barrios bajos, de Madrid. Al foro derecha, un portón practicable; al foro izquierda, una ventana con reja y doble cierre de cristales y de maderas, también practicables. Por el portón y por la reja, que comunican al corredor alto de la casa, se verán, al abrirse, la balaustrada, que se supone da al patio de la vivienda, y las puertas de los cuartos de enfrente. En el patio, ropa blanca tendida. En la habitación, tres puertas; dos a la izquierda y una a la derecha. Colocada en el centro de la escena, una mesa camilla, cubierta por un hule, y, sobre ella, una maceta de albahaca, un jarro de cristal con agua y un platillo de porcelana con un vaso. Al foro, entre el portón y el ángulo de la derecha, una cómoda; a la derecha, una máquina de coser. Del techo, sobre la mesa, pende una bombilla de luz eléctrica con una vistosa pantalla de papel rizado. Silleria de Vitoria. Al pie de la ventana, un par de sillitas bajas, de eneas. Cubriendo el tablero de la cómoda, sirviendo de tapadera al jarro de agua y de funda a la maceta de albahaca, unos pañitos blancos con ribetes de encajes. Las paredes, limpias, con algunos cuadritos a propósito y, sobre la cómoda, un espejo con marco dorado. Todo en la estancia ha de revelar pulcritud y limpieza. Comienza la acción en las últimas horas de una alegre mañana del mes de junio.

—

611804

(Al levantarse el telón aparecen el portón cerrado y la ventana abierta. Al pie de la ventana, de frente a la izquierda, sentada en una de las sillas de eneas, NATI, una muchacha de veinte abriles, con toda la sal y el garbo de una madrileña castiza, da las últimas puntadas a una primorosa camisa de mujer. Sobre la otra silla de eneas habrá un cesto de costura, otra camisa a medio hilvanar y alguna tela blanca.)

Nati. (Canturreando, a media voz, un cuplé popular, mientras cose.)

...Y es que mis tufos
gustan la mar
y no me dejan
aterrizar.

—

Mirarla, ya se marcha,
luciendo su palmito,
la niña de los tutu, tutu,
la niña de los tufitos.

(Un momento antes de que Nati termine su canción, aparece por la izquierda del corredor y tras la reja, MATILDE LA CLAVELES, una estupenda mujer, de veinticinco años, elegantemente vestida con un sencillo traje de mañana, muy déscotado, sín mangas y lo suficientemente corto para que se le vean las piernas a toda satisfacción; en la cabeza lleva un gorrito de paja, coquetón. Matilde se detiene unos segundos a escuchar a Nati, que, abstraída en su labor, no advierte la presencia de su amiga, y luego le dirige la palabra.)

Matilde la Claveles. Así me gusta, así; trabajadora desde por la mañana.

Nati. (Alzando la cabeza.) ¡Matilde! Pero ¿estás ahí? (Soltando la costura y levantándose.) No te había visto. ¡Pasa, mujer! No te quedes en el corredor. (Abre el portón y Matilde la Claveles entra en escena.) Trabajando en lo tuyo me encuentras.

Matilde la Claveles. ¿Cómo estás? (Se besan.)

Nati. Bien, ¿y tú?

Matilde la Claveles. Ya me ves.

Nati. Ya te veo, que pareces una reina. ¡Qué elegante y qué guapa! Siéntate. (Nati cierra el portón y se sientan las dos junto a la mesa camilla.) ¡Cómo te envidio, chica!

Matilde la Claveles. No digas desatinos. ¡Envidiarme tú cuando todo te sonríe!.. Esto mío no es más que apariencia. La procesión va por dentro.

Nati. ¿No eres feliz?

Matilde la Claveles. ¡Feliz!... Así que no has dicho nada.

Nati. Yo creía...

Matilde la Claveles. ¿Te engañaré yo?

Nati. Sin embargo, tu mudanza ha sido completa. No hará un año todavía que, vestida con cuatro pingos, vendías claveles en la acera del Regina, que de ahí te viene el mote—¡Matilde la Claveles!—y hay que verte cómo vas ahora.

Matilde la Claveles. Pero ¿a qué costa, Nati?... ¡Tú lo sabes!

Nati. Eso también es verdad.

Matilde la Claveles. No consiste la felicidad en tener tanto o más cuanto sino en tenerlo a gusto. Y a mí, que antes no piaba más que por un poquito de dinero pa salir de apuros, ahora que el dinero me sobra, me faltan, en cambio, tantas cosas... ¿Te engañaré yo?

Nati. Puede que sea como lo dices.

Matilde la Claveles. (Con un dejo de melancolía.) ¿A qué hablar de lo que ya no tiene remedio?... ¡Más vale dejarlo! (Sacudiendo la cabeza, como para ahuyentar los tristes pensamientos.) ¿Y tu madre?

Nati. En el Mercao.

Matilde la Claveles. ¿A estas horas?

Nati. ¿Pues qué hora es?

Matilde la Claveles. (Mirando su reloj de pulsera.) Cerca de las once.

Nati. Entonces no debe tardar.

Matilde la Claveles. ¿Y Fermín?

Nati. Tan bueno. Gracias.

Matilde la Claveles. A la puerta de Maxim's lo veo muchas noches, con su taxi.

Nati. Tiene allí el punto...

Matilde la Claveles. Ya lo sé. Está hecho un real mozo, chica. ¡Vaya un hombre que te llevas!

Nati Si me lo llevo.

Matilde la Claveles. ¿Qué pasa?

Nati. Nada.

Matilde la Claveles. ¿Andáis de monos?

Nati. Eso, siempre. Ya sabes que es muy voluntarioso y no le gusta más que salirse con la suya. Y como mi madre también tiene su genio y a Fermín me lo ha tomao entre ojos, raro es el día que no salimos regañaos.

Matilde la Claveles. ¿Vosotros?

Nati. ¡A ver! Alguno ha de pagar el pato, y lo pago yo, que soy la que está enmedio.

Matilde la Claveles. Oye; pues tú dile a tu madre que no le hostigue—¿sabes?—porque te advierto que hay dos o tres tanguistas de Maxim's, compañeras mías, que andan con el pelo suelto por tu pollo.

Nati. ¡Ah! ¿Sí? ¡Mira qué ricas! ¡A ver si tengo yo que ir a peinarlas!...

Matilde la Claveles. Claro que no hay caso, porque él es formalito y no le hace cara a ninguna.

Nati. ¡Y que se la haga y ha dejao de sonarse pa toa su vida, porque las narices se las quito yo de dos mamporros!

Matilde la Claveles. Mujer, yo cumplo con avisarte.

Nati. Y, por mi parte, te agradezco el aviso.

Matilde la Claveles. Además, chica, como ahora Fermín se ha echao de consejero *hidráulico*—¿no se dice así?—al señor Gabino, que es un gachó más largo que Llapisera y que lo lleva por donde le conviene, no está de más que tú estés prevenida, por lo que pudiera suceder.

Nati. ¿Qué dices?

Matilde la Claveles. Que ese tío, que como puerco se pone al lao del compañero de San Antón y lo achica, en lo tocante a listo le da ciento y raya al que inventó el timo de los perdigones. Y a tu novio le ha robao la voluntad.

Nati. ¿De veras?

Matilde la Claveles. ¡Undá! ¡Y tan de veras! Hoy por hoy, no da un paso Fermín si no es aconsejao por el señor Gabino.

Nati. ¡Mira qué gracia!

Matilde la Claveles. De forma que no ibas tú perdiendo nada con atraértelo a tu bando.

Nati. ¿Atraerme yo al señor Gabino? Pero, ¿tú crees que mi madre lo deja entrar por esa puerta, con lo sucio que es? ¡Vamos, Matilde! Parece que no conoces a

mi madre. Con lo exagerá que es pa la limpieza... Ve al señor Gabino y le da una alferecía.

Matilde la Claveles. Bueno, bueno... ¡Allá tú! Comprenderás que mi intención es la mejor. Me da a mí mala espina el ayudante de tu novio.

Nati. Pero, ¿de dónde ha salido ese hombre? ¿Quién es? ¿Lo sabes tú, Matilde?

Matilde la Claveles. Chica, yo no sé más que lo que cuenta la gente.

Nati. ¿Y qué cuenta?

Matilde la Claveles. Pues que el señor Gabino fué, hace ya mucho tiempo, un hombre de posición aquí, en Madrid, que se largó por esos mundos, huyendo de no sé qué, y que ahora ha vuelto más pobre que las ratas y se ha agarrao a lo primero que le ha salido. Y lo primero que le ha salido, por lo visto, ha sido colocarse en la delantera del auto, al lao de tu novio. Pero, bueno; eso, después de todo, nada tiene que ver con lo que hablábamos. Lo que yo quería decirte, es que el tal sujeto, enterao de que Fermín tiene perras y de que ha de heredar de sus padres, aparte el puesto de antiquités de la Cabecera del Rastro, dos casitas en Torrejón y una huerta en Ocaña, anda metiéndole en la cabeza al muchacho que él puede aspirar a contraer matrimonio con alguien mejor que la hija de la señá Prudencia, la verdulera.

Nati. ¿Es posible?

Matilde la Claveles. La faenita, ya comprenderás que es como pa sacarle los mansos.

Nati. No te preocupes. Fermín no ve más que por mis ojos.

Matilde la Claveles. Muy segura estás.

Nati. Porque se puede.

Matilde la Claveles. Chica, me alegro y te felicito. No sabes el peso que me quitas de encima.

Nati. Gracias, Matilde. (Pequeña pausa.)

Matilde la Claveles. Y lo mío, ¿cómo lo llevas?

Nati. Bastante adelantao. ¿Quieres probarte?

Matilde la Claveles. Desnudarme ahora, la verdad, no tengo ganas. Déjalo pa otro día.

Nati. ¡Vamos, anda! Y así me quedo yo más tranquila, sabiendo cómo te está. Hasta por encima del vestido te la puedo probar, si quieres. ¡Traes tan poca ropa!...

Matilde la Claveles. (Levantándose.) Eso, bueno.

Nati. (Levantándose también y cogiendo la camisa que tiene a medio hilvanar.) Cuestión de un momento. Quítate el güito.

(Matilde se despoja del sombrero, que deja en cualquier parte, y Nati le prueba la camisa, que le estará larga en demasía, para que le cubra por entero el vestido.)

Matilde la Claveles. (En son de protesta.) Chica; pero, ¿esto es una camisa? ¡Esto es un camisón de dormir!

Nati. Es que está a medio hilvanar; luego se te quedará como ésta. (Enseñándole la que tiene terminada.)

Matilde la Claveles. ¡Ah, ya! Me habías alarmao.

Nati. No, mujer.

Matilde la Claveles. (Con la camisa terminada en la mano, mientras Nati, de rodillas en el suelo, va marcando el arreglo que ha de hacerle a la que le está probando.) ¡Qué primor! ¡Qué manos tienes pa bordar, chiquilla!

Nati. ¿Te gusta?

Matilde la Claveles. ¡Digo!

(En el corredor, y tras la reja, aparece COQUITO, un chico de quince a diez y seis años, con cara de bobo y largo blusón, que le llega hasta más abajo de las rodillas. Al atisbar Coquito la escena que se muestra a sus ojos, mete materialmente la cabeza por entre los hierros de la reja, relamiéndose de gusto. Nati y Matilde, abstraídas en la prueba, no advierten la presencia de Coquito.)

Coquito. (¡Mi madre! Matilde la Claveles en camisa. ¡Qué rica está! ¡Y qué formas tiene! ¡Vaya una mujer! ¡Ay, mi abuela!... ¡Ay, mi mama! ¡Ay, mi... me...! ¡Ay, mi... ma...! ¡Ay, que no sé lo que me digo!)

(En el corredor, y tras la reja, aparece FERMÍN, un muchacho de veinticinco años, guapo, arrogante, bien plantado. Viste con cierta elegancia, dentro de lo popular, y lleva gorra de chauffeur.)

Fermín. ¡Coquito!

Coquito. (Imponiéndole silencio y sin apartarse de la reja.) Dios le guarde a usté, señor Fermín.

Fermín. (Dándose cuenta de la situación.) (¡Rediez! ¿La Claveles en paños menores? ¡Menuda hembra! Hasta ahora no había yo reparao.) (A Coquito.) Pero, ¿qué haces tú ahí?

Coquito. Tomando apuntes.

Fermín. (Intentando colocarse en el puesto de Coquito.) ¡Vamos, quita, pasmao!

Coquito. (Agarrándose a los hierros de la reja.) ¡Vaya usté a la cola, que yo he llegao primero!

Fermín. ¡Coquito!

(Matilde y Nati advierten la presencia de Fermín y Coquito, y se echan a reír.)

Nati. ¡Mira a esos!

Matilde la Claveles. Se han pensao otra cosa.

Nati. ¡El chasco que se van a llevar! Verás tú. (Abriendo el portón y dirigiéndose a Fermín y a Coquito.) ¡Pasad, chicos!

(A la puerta del foro aparecen Coquito y Fermín, algo cortados.)

Fermín. Pero, ¿se pué pasar?

Matilde la Claveles. (Sin inmutarse.) Adelante.

Fermín. Buenos días, Matilde.

Matilde la Claveles. Buenos días, Fermín.

Fermín. (¡San Ginés, qué socia!)

Nati. (Cerrando el portón y tornando a la prueba.) Sentarse un poco, que en seguida acabamos.

Fermín. Por mí, no tengáis prisa.

Coquito. Ni por mí.

Nati. Sentarse. No es más que una prueba.

Fermín. ¡Y que lo digas! (Fermín y Coquito se sientan hacia la izquierda, en fila, como si fueran a presenciar un espectáculo. Fermín saca un pañuelo y se seca el sudor, que le baña el rostro.) (¡Mi anciano padre!)

Coquito. (En voz baja, a Fermín.) Estamos mejor que en Chantecler. ¿Verdad usté, señor Fermín?

Fermín. ¡Cállate, chico!

Coquito. ¿Usté no ha visto una pieza que echan allí, que le dicen...

Fermín. Pero, ¿no oyes que te calles?

Coquito. Como usté disponga.

Nati. Esto ya está; ya sé yo lo que tengo que hacerle. Muchas gracias, Matilde. (Y le quita la camisa, deshilvanándola por uno de los costados.)

Matilde la Claveles. De nada, chica.

(Fermín y Coquito se levantan sorprendidos.)

Fermín. ¡Arrea!

Coquito. ¡Aguanta! ¡Vaya un timo!

Fermín. ¡Nos han dao el pego!

(Matilde y Nati se ríen.)

Nati. (A Fermín.) Pero, so loco, si hubiera estao de veras en camisa, ¿crees tú que os abro la puerta?

Matilde la Claveles. ¿Ni que yo me habría dejao?.. ¡Hasta ahí podían llegar las bromas! (Se vuelve a poner su sombrero.)

Nati. ¡Vamos, lilailas!

Fermín. (A Nati.) Pues, oye, la ilusión ha sido talmente la propia realidad.

Nati. Eso, puede.

Matilde la Claveles. ¡De ilusiones vive el hombre!

Coquito. *Completista* a transformación que le dicen a esto. ¿No, señor Fermín?

(Fermín y Matilde hablan en grupo aparte.)

Nati. ¿Y mi madre, Coquito?

Coquito. Pa eso venía.

Nati. ¿Pa qué?

Coquito. Pa decirte que no la esperes como no vayas a sacarla.

Nati. ¿De dónde?

Coquito De la Comisaría.

Nati Pero ¿está mi madre en la Comisaría?

Coquito. Por atentao a la autoridad; es decir a las autoridades, porque ha tentao a tos los guindas que se le han puesto por delante.

Nati. ¡Mi madre!

Coquito. ¡Pues, claro, que tu madre! ¿Quién va a ser? Acaba de armar un jollín en el Mercao, que no te digo más sino que ha habido pimiento que ha llegao al Manzanares.

Nati. ¿Tú oyes, Fermín?

Fermín. ¿El qué?

Nati. Lo que dice Coquito: que se han llevao a mi madre a la Comisaría.

Fermín. (Imperturbable.) Allí nos espere muchos años.

Nati. ¡Fermín!

Matilde la Claveles. Pero ¿qué ha hecho?

Coquito. Diga usté más bien qué ha deshecho. ¡No ha dejao cosa en su sitio! Al salir del Mercao, conducía por los guardias, ha subío toa la cotización de la verdura. Y los tomates se han puesto por las nubes.

Nati. ¡Válgame Dios! ¡Qué contratiempo! Acompáñame, Fermín.

Fermín. ¿Adónde?

Nati. A la Comi.

Fermín. Que te acompañe Coquito. Yo tengo que

hacer. He venido un momento, dejándome el coche a la puerta, por tener el gusto de saludarte.

Nati. ¡Cómo eres!... (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

Matilde la Claveles. ¡Vaya usted con ella, hombre!

Fermín. ¡Estaría bueno! ¿Usté sabe quién es pa mí la señá Prudencia? El peor cuchillo. Sería el colmo que yo fuese a poner ahora los medios pa que la echasen a la calle. ¡No, señora! Por mí, ya le puede salir musgo en el calabozo.

(Por la primera izquierda vuelve NATI, con un mantón de crespón negro, liso, puesto en forma de chal.)

Nati. ¡Anda, Coquito! Nos llegaremos por don Antonio el cura, a ver si quiere acompañarnos.

Fermín. ¡Bien pensao! Ese te lo arregla mejor que yo.

Nati. (Con desprecio.) Mejor que tú, cualquiera.

Matilde la Claveles. ¡Pero, hombre, Fermín!....

Fermín. ¡Que no, señora!

Nati. ¡Déjalo! Y tú, Matilde, haz el favor de esperar a que volvamos.

Matilde la Claveles. Sí, mujer. Casualmente he quedao aquí citada con mi madre...

Nati. Hasta ahora mismo.

Fermín. Hasta luego, Nati.

Nati. ¡Vamos, Coquito!

Coquito. Buenos días.

(Nati y Coquito se van por la puerta del foro.)

Matilde la Claveles. La verdad que tiene usté un alma que se le pasea por el cuerpo.

Fermín. Yo lo que tengo, Matilde, es necesidad de hablar a solas con usté y ocasión como ésta, ninguna. Comprenderá usté que no la iba a desaprovechar.

Matilde la Claveles. ¿Que usté tiene que hablar conmigo?

Fermín. Largo y tendido; sí, señora

Matilde la Claveles. Lo primero, puede; lo segundo...

Fermín. ¡Es un decir!

Matilde la Claveles. Pero del dicho al hecho hay que tomar el autobús.

Fermín. O un taxi, que es más cómodo. Y si le sirve el que tengo a la puerta...

Matilde la Claveles. Gracias. Me asusta el cajoncito de los números, que va muy deprisa.

Fermín. (Acercándose a ella.) Pa usté no marca.

Matilde la Claveles. (Manteniéndolo a prudente distancia.) ¡Quieto, que vamos a volcar!

Fermín. (Acercándose nuevamente a ella.) Y si volcamos juntos ¿qué importa?

Matilde la Claveles. (Seriamente.) ¡Quieto, Fermín! No meta usté el acelerador, que me apeo del coche.

Fermín. ¡Matilde!

Matilde la Claveles. Piense usté que estamos en casa de su novia y que yo soy su mejor amiga.

Fermín. ¡Oiga usted, Matilde!

Matilde la Claveles. Oigo yo, Fermín. ¿Qué pasa?

Fermín. En primer lugar que mi novia va a dejar de serlo muy prontito. Razones: que no hay quien aguante a su madre ni por radio; que este gachó no ha nacido pa hacer el canelo y por último que es muy lógico que quien piense mudarse tenga tomao otro cuarto antes de abandonar el que habita. ¿Es así?

Matilde la Claveles. Así será.

Fermín. Por lo tanto, si yo me he fijao en usté y usté me conviene, porque reúne pa mí toas las condiciones de calefacción, termo, ascensor, etcétera, etcétera... ¿tiene algo de particular que la interrogue diciéndole: Matilde, me quiere usté por inquilino?

Matilde la Claveles. (Con sorna.) Y ¿dónde me ha visto usté las papeletas? Porque yo no me alquilo.

Fermín. ¿Se vende?

Matilde la Claveles. (Con acritud.) ¡Fermín!

Fermín. Perdone usté, que no he querido ofenderla.

Matilde la Claveles. ¡Vamos a dejar esta conversación!

Fermín. Eso, no, Matilde; que una vez empezao el asunto yo necesito resolverlo esta misma mañana. Porque, óyelo bien y dejémonos ya de pamemas. Yo te quiero, Matilde; te he querido siempre, desde que tenías relaciones con el pobre de Tomás; desde antes que te lanzaras a esta vida... Y por conseguirte, porque tú seas mía, estoy dispuesto a darte lo que quieras, lo que me pidas: dinero, pues dinero; cariño, pues cariño; mi vida, pues mi vida... ¡Lo que sea! ¡Todo porque tus ojos se miren en los míos!

Matilde la Claveles. (Sintiéndose vacilar.) ¡Fermín!

Fermín. ¡Ya lo oyes, ya lo sabes!

Matilde la Claveles. Pero, ¿y Nati, chiquillo? Esto es una traición, una villanía, indigna de ti y de mí.

Fermín. (Apasionadamente.) No hay traición, cuando el querer se impone. ¡Créeme! Y yo ciego por ti, estoy loco por ti, Matilde. ¡Matilde mía!

Matilde la Claveles. (Entregada.) ¡Fermín! (Con débil resistencia.) ¡Vete, Fermín! ¡Déjame! Esto no puede ser, no debe ser...

Fermín. ¡Chiquilla bonita!

Matilde la Claveles. ¡Fermín!...

(En el corredor y tras la reja, aparece EL SEÑOR GABINO, un hombre de cuarenta y tantos años, cuyo retrato ya conocemos por las referencias de Matilde. Viste un traje en mal uso, todo lleno de lamparones, una camisa fascista, y lleva barba de seis días, y una gorra mugrienta.)

El señor Gabino. De salud sirva. ¡Que aproveche! (Da dos chupadas a un chicote que se fuma. Matilde se separa rápidamente de Fermín, ocultando su rostro a las miradas del importuno visitante.)

Fermín. ¡El señor Gabino!

Matilde la Claveles. ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! Nos ha visto. (Pretendiendo escapar.) ¡Déjame, Fermín!

Fermín. ¡No te apures, tonta; si es el señor Gabino, persona de toa mi confianza!

Matilde la Claveles. ¡Déjame, déjame! (Abre el portón, sale al corredor, y huye por la derecha.)

Fermín. ¡Pero, Matilde!...

El señor Gabino. ¡Ahí va esa mosca!

Fermín. (Con rabia.) ¡También es usté oportuno, gachó! ¡Me la ha espantao usté!

El señor Gabino. Eso más tienes que agradecerme.

Fermín. ¿Qué tripa se le ha roto?

El señor Gabino. A mí, ninguna. (En el umbral de la puerta del foro.) ¿Se pué pasar?

Fermín. Pase usté, si quiere. No hay nadie en casa.

El señor Gabino. A la Nati y a Coquito ya los he visto salir, pero, ¿y tu suegra pa cuando lo sea?

Fermín. En la Comisaría

El señor Gabino. ¿La han hecho guardia?

Fermín. La han llevao detenida.

El señor Gabino. ¡Menos mal! (Entrando en escena.) Pues yo he subido pa decirte que, si quieres cargar, abajo tienes parroquianos.

Fermín. ¡Que se aguarden! ¡O que se vayan!

El señor Gabino. ¡Fermín!

Fermín. ¡Déjeme usté, señor Gabino! ¡Estoy negro!

El señor Gabino. ¿Qué te pasa?

Fermín. ¡En qué ocasión se le ha ocurrido a usté presentarse!

El señor Gabino. Pero, ¿quién era la paloma?

Fermín. ¿No la ha conocido usté? ¡Matilde la Claveles!

El señor Gabino. ¿Matilde la Claveles?

Fermín. Matilde la Claveles que, al llegar aquí, me la he encontrao en camisa...

El señor Gabino. Me parece muy mal.

Fermín. Y es una mujer, señor Gabino, pa perder la cabeza.

El señor Gabino. Te repito que está muy mal.

Fermín. Pero, ¿el qué está mal?

El señor Gabino. Que encontrándotela en camisa, no me hayas avisao.

Fermín ¡Vamos, señor Gabino!

El señor Gabino. Eso no se hace con un amigo como yo. (Deja el chicote sobre el platillo.)

Fermín. No lo querrá usté creer, pero toas mis ansias, tanto tiempo contenidas, me ban dao un brinco en el pecho al verla como la he visto.

El señor Gabino. ¡Vaya si te creo!

Fermín. Fué una broma—¿sabe usté?—suya, quizás; quizás, de Nati; pero, pa mí ha sido un trallazo que me ha despertao los sentidos. Y ya no vivo hasta que esa mujer sea mía—¿entiende usté?—, ¡mía!

El señor Gabino. Pero, ¡qué loco eres, Fermín! Te disparas siempre por la última que ves. ¿Y la Nati?

Fermín. ¡Bah! Cosa perdida con ese perro de presa de la madre. ¡Ahí he dao en hueso!

El señor Gabino. Pronto te rindes. ¿No decías que te gustaba tanto?

Fermín. Y me gusta. ¡Más que ninguna! Pero, visto que no pué ser... ¡A otra! La juventud hay que aprovecharla. Con la Nati, terminaré .. hoy mismo.

El señor Gabino. Supongo que no irás a quedar como un cochero, porque tú eres chófer.

Fermín. ¡Claro que no!

El señor Gabino. Falta, entonces, que encuentres un pretexto pa dejarla, porque ella está colá, y no te va a soltar tan fácilmente.

Fermín. ¿Pretextos? A montones me los da la madre a cada instante. Basta con que yo diga blanco, pa que ella piense: negro. Con agarrarme a una de estas y no ceder, asunto liquidao. ¡Eso no me preocupa! Así todo tuviera arreglo en este mundo. ¡No, señor Gabino! Lo de la Nati, por resuelto. Y en seguida, a la otra, que si algo la pué detener, es eso: mis relaciones con su amiga; pero, en cuanto despache con ella, pan comido, señor Gabino.

El señor Gabino. ¡Qué suerte tienes, chaval! ¡Hay que ver! Te miro, y es como si me mirase yo en mis veinte años, porque yo también he sido su mijita balazo; no te creas... Y he tenido las mujeres, así: haciendo cola por mis huesos.

Fermín. ¿Cola por sus huesos, señor Gabino? ¿Y era usté tan pringoso como ahora?

El señor Gabino. Igual. Esto mío, es ingénito.

Fermín. Pues ya sé qué cola era la suya: la del aceite. (Se ríe.)

El señor Gabino. (Amagángole un golpe cariñoso en la tripa.) ¡Chistero!

Fermín. ¡Nos ha reventao el hombre de las manchas! (Se ríen los dos.)

El señor Gabino. Bueno, Fermín; a ver qué hacemos; que tú, por lo visto, te has olvidao de que me encuentro en el arroyo, y de que me has prometido buscarme un hospedaje.

Fermín. Ahora mismo nos vamos. Usté, esta noche, duerme bajo techao. No se preocupe. (Por la puerta del foro, entra COQUITO, con la cara compungida.) ¡Hola, Coquito! ¿Y la Nati?

Coquito. En la Comisaría me la he dejao con don Antonio, el cura.

Fermín. ¿Se arregla lo de la señá Prudencia?

Coquito. No sé decirle a usté.

Fermín. Pero, ¿a ti qué te pasa?

Coquito. (Cada vez más compungido.) ¡Pues, eso! ¿Le parece a usté poco? Que la señá Prudencia es pa mí tó en este mundo; ella me recogió de chiquitillo abandonao de mis padres; me dió acobijo en su casa; me ha criao

y me ha mimao como si fuese un hijo suyo, mejor toavía, y verla ahora presa... (Echándose a llorar exageradamente.) ¡Ay, Dios mío de mi alma, qué desgracia tan grande!

Fermín. ¡Vamos, chico! Pues, presa estaba antes, cuando viniste a avisar, y no traías esa perra. Se conoce que viendo a la Claveles en camisa, se te olvidó el disgusto.

El señor Gabino. ¡Ah! Pero, ¿este plañidero también ha participao del espectáculo?

Fermín. También.

Coquito. (Con el corazón encogido.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

El señor Gabino. ¿Y se queja?..

Fermín. Bueno; mira, Coquito, cuando venga la Nati la dices que me espere; que yo vuelvo, ¿sabes?

Coquito. Sí, señor; que usté vuelve.

Fermín. ¡Eso! Y quédate con Dios. ¡Que se te pase la llantina.

El señor Gabino. (Dándole a Coquito unas palmaditas cariñosas en la espalda.) ¡Consolarse, pollo!

Coquito. Vayan ustés con Dios.

Fermín. Ande, señor Gabino! (Fermín y el señor Gabino, salen de escena por la puerta del foro. En el corredor, y tras la reja, se encuentran con VERÓNICA, madre de la Claveles, una mujer del pueblo, de tipo ordinario, como de cincuenta años de edad, que viste de mantón.) ¡Caramba! ¡La señá Verónica! ¡Dichosos los ojos!...

Verónica. Buenos días, Fermín. Buenos días, señor Gabino.

El señor Gabino. Pa servirla a usté.

Fermín. Hasta luego, señá Verónica.

Verónica. Hasta luego. (Fermín y el señor Gabino, se marchan por la izquierda, y Verónica entra en escena.) Dios te guarde, Coquito. Y mi hija, ¿no está aquí? ¿No ha venido?

Coquito. Ha venido, pero no está.

Verónica. ¿Se ha marchao? Entonces, ¿a qué me dijo esa arrastrá que me esperaba? ¡Qué condenación de hija! Y, ¿dónde ha ido? ¿Lo sabes tú?

Coquito. Yo, no, señora.

Verónica. ¿Quieres hacer el favor de entrar a preguntárselo a la Nati o a la señá Prudencia?

Coquito. Estoy yo solo en casa.

Verónica. ¡Válgame Dios! Y, ¿dónde busco yo ahora a esa criatura?... ¡Ah, sí, ya sé! Que me dijo que era po-

sible que tuviese que ir a tomar el vermut, con el marqués de no sé cuantos, en Pidoux o en Espliegum. (Lo pronuncia como está escrito.)

Coquito. ¿En dónde, señá Verónica?

Verónica En Espliegum, hijo, que es espliego en francés; un sitio la mar de perfumao, que por eso le llaman de ese modo.

Coquito. ¡Ah, ya!

Verónica. Y allí me voy a buscarla, que tengo un recao pa ella de lo más importante, también de un marqués. ¡Pa que te enteres!

Coquito. La veo a usté metida en el gran mundo, señá Verónica.

Verónica. Sí, hijo, sí. ¡Y en buena hora lo diga! Desde que mi chica, siguiendo mis consejos, dejó al pelanas del ebanista a quien le hablaba y se hizo supertanguista de cabarete a lo monmartroise, que no nos tratámos más que con la aristocracia. Toas nuestras relaciones son títulos, de barón pa arriba.

Coquito. (Entre dientes.) Sí, porque de varón pa abajo...

Verónica. ¿Qué estás tú hablando ahí, tiñoso? Hoy en día, pa que tú lo sepas, es mi hija la mujer más postinera de Madrid; la que, donde quiera que va, pone el mingo.

Coquito. ¿Y quién ha dicho nada?

Verónica. ¡Por si acaso, pollito! Conque, abur y ¡ojo con lo que se dice!, que mi hija...

Coquito. Pone el mingo y usté...

Verónica. (Engallada.) Yo, ¿qué?

Coquito. (Achicado.) Usté lo pase bien. ¡Caramba, señá Verónica, que se altera usté en seguida! (Saliendo con ella hasta el corredor.) ¡Que usté se conserve!

Verónica. (Marchándose, por la izquierda.) ¡Vamos, hombre! Nos ha fastidiao la quisquilla ésta. (Desaparece.)

Coquito. ¡Rechufla, con la señá Verónica! Si se habrá creído que, porque su chica sea tanguista, va a tomar la almohada... ¡El colchón, y gracias! Ni que uno fuera un pipi. (Dentro, hacia la izquierda, se oyen murmullos. Coquito sale al corredor.) ¿Eh? Sí. Ellos son. (Corriendo a abrazar a PRUDENCIA, que llega por la izquierda, seguida de NATI y DON ANTONIO.) ¡Señá Prudencia!...

Prudencia. (Apartándolo.) ¡Vamos, quita, lechón, que viene don Antonio muy cansao! ¡Pase usté, don Antonio, pase usté! (Entran todos en escena. Prudencia es una mujer

de cuarenta años, de genio vivo y pronto, pero de un corazón de manteca. Es irresistiblemente simpática, decidora, comunicativa, alegre y limpia como los chorros del oro. Viene a cuerpo, sin mantón y sin nada a la cabeza. Don Antonio es un virtuoso sacerdote, de mediana edad. Viste de hábitos. Prudencia se adelanta para limpiar con su delantal la silla donde ha de sentarse el cura y, al acercarse a la mesa, observa con horror la colilla de puro que ha dejado el señor Gabino sobre el platillo de porcelana.) Siéntese usté. ¡Dios mío! Esto, ¿qué es? (Cogiendo la colilla.) ¿Qué porquería es ésta? ¿Quién ha estao aquí, Coquito? ¿Quién ha dejao aquí esta colilla?

Coquito. Ha debido ser el señor Gabino.

Prudencia. (Exaltándose.) Pero, ¿ha entrao en mi casa ese tío puerco? ¿Cómo le habéis dejao pasar?

Nati. A mí no me preguntes.

Coquito. Ni a mí tampoco.

Prudencia. ¿No tengo dicho que aquí no me ponga los pies mientras no se lave?

Don Antonio. (Sentándose junto a la mesa camilla.) ¡Calma, Prudencia, calma!

Prudencia. Perdone usté, don Antonio, pero no puedo con la gente cochina. (Dándole la colilla a Coquito.) Toma, tú; tírala a la basura. (Oliéndose los dedos con que ha cogido la colilla y haciendo un mohín de repugnancia.) ¡Uf, qué asco! Y tú, hija, haz el favor de echar un poco de espliego en una paleta con lumbre, a ver si esto huele mejor. (Nati se va por la derecha.)

Coquito. Espliegum, señá Prudencia.

Prudencia. ¿Cómo?

Coquito Que en francés se dice espliegum.

Prudencia. Y en madrileño, tontum. (Dándole un empujón.) ¡Anda allá, besugo! (Cierra el portón del foro.)

Coquito. (Mirando la colilla.) (Pues tiene toavía dos trompás de aupa. Yo no la tiro.) (Vase por la derecha.)

Prudencia. (Yendo a sentarse al otro lado de la mesa.) ¡Que Dios se lo pague a usté por tó, don Antonio!

Don Antonio. De nada, hija. Era mi obligación. Ahora, lo que debes procurar es contenerte y no dar lugar a estos jaleos. Tienes el genio demasiado vivo, la frase demasiado pronta y el ademán demasiado violento. Tres demasiados que traen consigo estas desagradables consecuencias. Contente, repórtate, no seas tan fuguilla...

Prudencia. ¿Cree usté que yo no lo procuro? Y, sin

embargo, no puedo. En cuanto me tocan a la marina...

Don Antonio. Pero, hija, si para ti todo es marina. Saltas como un triquitraque por un quítame allá esas pajas. No sabes reprimir tus impulsos. ¡Poco honor haces al nombre que te pusieron! ¡Prudencia! ¡Dios te la dé, que bien la necesitas!

Prudencia. Sí, señor.

Don Antonio. Piensa que si lo de hoy no ha pasado de un escándalo y se ha podido arreglar de modo fácil, gracias a mi amistad con el Comisario, lo de mañana, o lo del mes que viene, acaso no tenga solución, y que en ésto, como en todo, es siempre mejor prevenir que curar.

Prudencia. Sí, señor; sí, señor.

Don Antonio. Y basta de sermón.

Prudencia. Como usté quiera.

Don Antonio. ¿Qué tal van tus asuntos?

Prudencia. Por lo mediano, señor cura.

Don Antonio. ¿Y tu huésped?

Prudencia. ¿El estudiante? Se marchó a su pueblo hace ya días.

Don Antonio. ¿Tienes libre la habitación?

Prudencia Por ahora, sí. Si sabe usté de alguno que quiera alquilármela...

Don Antonio. ¡Ya veremos! Descuida, que no lo he de echar en olvido. Y las relaciones de tu chica, ¿cómo marchan?

Prudencia. También por lo mediano. Mejor es no hablar de eso.

Don Antonio. ¿Por qué?

Prudencia. El sinvergüenza del novio, ahora que no nos oye nadie, ca vez se presenta más granuja y con más ganas de dar la espantá.

Don Antonio. ¿Es posible?

Prudencia. Como usté lo oye. La infeliz de mi hija dice que son cosas mías, que siempre me pongo en lo peor tratándose de Fermín; pero la chipén es lo que yo le cuento, don Antonio. Una madre no se equivoca nunca.

Don Antonio. Eso, no; que a veces el mismo interés nos hace mirar las cosas de modo bien distinto a como son en realidad. ¡Eso, no, Prudencia!

Prudencia. Crea usté que lo que yo veo es claro como la luz, y que hace falta estar tó lo enamorá que

está mi hija, pa no comprenderlo. Fermín es un granuja y un perfecto canalla.

Don Antonio. Repara en lo que dices, Prudencia.

Prudencia. Porque lo sé, lo digo. Mire usté, señor cura; veinte años tenía yo, y no sabía del mundo ni un palote, cuando una noche me invitaron al bautizo del hijo de una vecina de mi casa. Fiesta y jolgorio y cante y baile y vino y pastas y de tó hubo aquella noche. A las trazas, yo me achispé más de la cuenta. Y un gachó de buen ver, alto y garboso, con unos ojos que eran dos brasas y un bigotillo bien colocao—el Pollo le decían—se me sentó a la vera y empezó a camelarme con palabritas dulces. Cómo pasó lo que pasó, yo no lo sé, ni lo he sabido nunca; pero, fuera por el calor del vino que había trasegao o por la calentura que con sus ojos encendía en mis venas aquel hombre, lo cierto es que no tuve voluntad pa resistirme y que... ¡Vergüenza me da de recordarlo! A la mañana siguiente, cuando me di cuenta de mi desgracia, le busqué por toas partes... ¡Nadie le conocía! Y esta es la hora que no le he vuelto a ver. ¡El Pollo, el Pollo!... ¡El pillo! Dios no le tome en cuenta su mala acción. Y me nació esta hija, que ha sido el único consuelo de mis lágrimas. Contemplándola me paso la vida, vigilándola de cerca, acechándola, pa que no pueda pasarle lo que a mí. Las miradas del charrán que me engañó, que sólo codiciaba mi cuerpo, yo no las he olvidao, señor cura. ¡Clavás las llevo en mis entrañas! Y este Fermín, este novio de mi hija, tampoco sabe mirarla a ella más que como me miraba a mí aquella noche el gachó que me perdió pa siempre. ¡Diga usté, ahora, si tengo o no tengo razón pa llamarle canalla!

Don Antonio. No la tienes, Prudencia; que, al fin de cuentas, Fermín habla con Nati en tu casa y bajo tu inmediata inspección.

Prudencia. Pero, ¿por qué, señor cura?

Don Antonio. ¡Por lo que sea!

(En este momento sale NATI, por la derecha, sin mantón, y presta oídos a la conversación que sostienen su madre y don Antonio.)

Prudencia. Pues porque le salió la moza respondona y quiso probar si así le era más sencillo conseguir lo

que se proponía. ¡Hay que conocer al caballero y yo me lo sé de memoria!

Don Antonio. De todas formas, no es el mismo caso, Prudencia.

Prudencia. ¿No ha de serlo? Fermín es y ha sido toda su vida un niño bonito de los de cuantas veo, cuantas quiero.

Nati. Eso es lo que usté se figura.

Prudencia. ¡Eso es lo que es y a mí no se me contradice!

Don Antonio. ¡Prudencia!

Prudencia. Le gustó mi chica—¿sabe usté?—y empezó a requerirla de amores, pero se encontró conmigo por enmedio y no tuvo más camino que amoldarse a lo que es de ley, pensando que de ese modo ganaba mi confianza y que, ganándola, estaba ya del otro lao; pero mi confianza no la gana Fermín tan y mientras usté no le haya echao las bendiciones.

Don Antonio. Me parece muy bien.

Prudencia. Y, naturalmente, ahora que se ve cogido, busca la salida pa escapar y, como no la encuentra, no se le ha ocurrido cosa mejor que decir que yo tengo mal genio y que por eso va a reñir con la chica. ¡Ya ve usté, yo mal genio, cuando soy una malva, señor cura!

Don Antonio. Te diré, Prudencia. Una malva... ¡Acuérdate de la que acabas de armar en el Mercado!

Prudencia. ¡Don Antonio!

Nati. Y es mucha verdad.

Prudencia. ¡Tú te callas!

Don Antonio. Déjala que se explique.

Nati. Fermín no es malo y me quiere a cegar; lo que pasa es que el pobre no acierta a decir ninguna cosa sin que mi madre se le ponga enfrente. Ya ve usté ahora; andamos a medios pelos porque él quiere hablar conmigo por las noches y a mi madre se le ha puesto en la cabeza que no hable.

Prudencia. A tu madre lo que se le ha puesto en la cabeza es no estarse hasta las tantas de pie, porque a ese niño bitongo se le antoje, teniendo que levantarse al ser de día pa ir al Mercao. ¿Te enteras? ¡Eso es lo que se le ha puesto en la cabeza a tu madre!

Nati. Pero él dice que hablar por las tardes, como ha hablao hasta ahora conmigo, le perjudica en su ne-

gocio de taxi, porque es la hora de la afluencia del públioo en las calles y qué, en cambio, por la noche, de once a una, que es cuando la gente se está en el teatro, le va mejor pa pelar la pava.

Prudencia. (Remedándola.) Eso es; le va mejor, pero a mí me va peor y entre que se chinche él o me chinche yo, que se chinche él cincuenta veces.

Don Antonio. No estamos conformes, Prudencia.

Prudencia. ¡Vaya si lo estamos! Lo que quiere Fermín es ver a ésta a las horas en que yo estoy rendida, por si doy una cabezá, aprovecharse... ¡Y conmigo, no! ¡Antes me pongo dos cañitas pa que no se me cierren los ojos!

Don Antonio. ¡Pues, póntelas!

Prudencia. ¿Cómo?

Don Antonio. Y, sobre todo, agota los medios de prudencia. Dale gusto, mujer; que, si se marcha, como tú supones, no pueda nunca pensar tu hija que se quedó sin novio por tu causa. Es un consejo leal. Hazme caso, cambia de táctica, que verás como te va mejor. A lo que él te diga, tú accede.

Prudencia. Según lo que me diga ¿eh?

Don Antonio. Naturalmente que a lo que esté en el orden me refiero. ¡Despropósitos, no!

Prudencia. Bueno, bueno.

Don Antonio. Si le hostigas, él salta; pero si no encuentra con quien chocar, porque todo se le allana, la situación varía. Es el mejor procedimiento para atraérselo—¡créeme, Prudencia!—que la palabra dulce, como dice el Espíritu Santo, quebranta la ira, y la palabra agria, excita el furor.

Prudencia. Yo le aseguro a usté que, si conoce a Fermín, no dice eso el Espíritu Santo.

Don Antonio. ¡Prudencia!

Prudencia. Pero, en fin, que sea lo que usté quiera.

Don Antonio. ¿De acuerdo entonces? ¿Aceptas el sacrificio?

Prudencia. Sí, señor, que lo acepto; en primer lugar, por complacerle a usté, y luego, pa que esta hija se convenza de que no es por áhi por donde van las aguas.

Don Antonio. ¡Qué se sabe, mujer!

Prudencia. ¡Vaya si se sabe, señor cura! ¡Que Fermín me la deja plantá, igual que un aligustre, es histórico!

Don Antonio. Y aún suponiendo que así sea, tú habrás cumplido con tu deber y de nada tendrá que reprocharte la conciencia. ¡Tiempo, al tiempo! Prométeme que lo intentarás.

Prudencia. Se lo prometo, señor cura. ¿Qué no hará una madre por su hija? ¡Pa que después la hija le quite a una la razón por dársela al novio!

Nati. Eso, no; madre.

Prudencia. ¡Cállate, descastá!

Don Antonio. Sin alterarse; no vayamos a emprenderla de nuevo.

(Por el corredor, y tras la reja, aparece FERMÍN.)

Fermín. (A Nati.) ¿Has vuelto ya, corazón?

Nati. (Con alegría.) ¡Fermín! (Abre el portón y Fermín entra en escena.)

Prudencia. (Conteniendo un impulso de acometida.) ¡Que Dios me tenga de su mano!

Don Antonio. ¡Prudencia, Prudencia!

Prudencia. ¿Es que me llama, o es que me aconseja?

Don Antonio. ¡Es... que te conozco! ¡Mucha calma, por Dios, y a ver si la acertamos! ¡Mucha calma!

Fermín. ¡Felices, señor cura!

Don Antonio. ¡Hola, buen mozo!

Fermín. ¿Qué hay, seña Prudencia? ¿La soltaron, por fin?

Prudencia. ¿No me ves?

Fermín. Gracias aquí, al padre, ¿eh?

Prudencia. Gracias al padre, que por ti...

Fermín. Sí, señora; ya lo he dicho. Por mí le podía haber salido a usté musgo en el calabozo.

(Prudencia va a saltar y se contiene ante una mirada de don Antonio, cambiando el gesto airado por una sonrisa de indulgencia.)

Prudencia. ¡Je, je! ¡Musgo en el calabozo! ¡Muy salao! Este Fermín tiene cada ocurrencia... (En voz baja a don Antonio.) ¡Que me lo quiten de delante, o no respondo, don Antonio!

Fermín. (A Nati, sorprendido.) Oye, pero, ¿qué le pasa a tu madre?

Nati. Nada.

Fermín. ¿Nada? ¡Qué raro! (¡A ver si la pringamos a última hora, y cuando yo quiero acabar, no me dan la salida!... ¡Ah, pues eso, no!) Bueno, supongo yo que

habrán ustés ya pensao lo que se me vaya a contestar respecto a la proposición que les hice ayer.

Prudencia. (Dulcemente.) ¿Cual, hijo mío?

Fermín. La de hablar con ésta por las noches.

Prudencia. ¡Ah, sí, ya lo creo! Y nos parece muy bien. ¡No faltaba más! ¡Lo que tú quieras!

Fermín. ¿Cómo?

Prudencia. ¡Lo que tú quieras!

Nati. Ya lo oyes.

Fermín. (Negro.) Sí, sí... ¡Ya la oigo! (¡Me ha reventao!) (A Prudencia.) Pero, ¿usté sabe que yo no me he de ir hasta la una?

Prudencia. Como si te vas a las cuatro.

Fermín. (¡Mi madre!)

Prudencia. Tú dispones. ¡No faltaba más!

Don Antonio. (En voz baja, a Prudencia.) ¡Así, Prudencia, así!

Fermín. (Echando lan muelas.) Bueno, bueno. ¡Está bien! Me alegro de que alguna vez haya usté dejao de ser arpía.

Prudencia. (Tascando el freno y echándolo a broma.) ¡Ay, arpía! ¡Qué gracioso! ¡Qué gracioso! (Se ríe fingidamente y luego con las de Caín, le dice a don Antonio.) ¡Que lo araño, señor cura, que lo araño!

Fermín. (Cada vez más sorprendido.) (¡Que me la han cambiao, que ésta no es! ¡Ah, pero yo la hago saltar! Conmigo bromitas de esta clase, no. Yo acabo como sea. ¡Tendría que ver! .. ¡Cristo, qué idea! Sí. Esta si que no falla; ésta me lo da tó resuelto...) Diga usté, señá Prudencia, ¿tiene usté comprometida con alguien la habitación del estudiante? Porque yo la voy a necesitar.

Prudencia. Con nadie, hijo mío. ¡Tuya es! ¿Pa quién la quieres?

Fermín. No, verá usté; es que al señor Gabino lo han echao de la casa de huéspedes donde estaba...

(Nombrar al señor Gabino y ponerse Prudencia en guardia, todo es uno. A medida que Fermín avanza en el relato, Prudencia da muestras de nerviosidad y excitación, conteniéndola don Antonio a duras penas.)

Prudencia. ¿Qué?

Fermín. (Gozándose en el efecto que está produciendo.) El pobre se encuentra sin tener donde meterse, y yo, acor-

dándome de usté, me dije, digo: ¿dónde mejor va a estar que en casa de la señá Prudencia?

Prudencia. ¿Cómo?

Fermín. La señá Prudencia lo cuidará como nadie y allí se hallará mi hombre como en parte alguna...

Prudencia. (¡Criminal!... ¡Bandido!...)

Fermín. Esto sin contar con el favor que le hago, proporcionándole un huésped como el señor Gabino, de cuya paga yo respondo. ¡Siempre es una ayuda!

Prudencia. Pero, ¿cómo? ¿Que tú has pensao que ese tío sucio duerma en mi casa?

Fermín. Sí, señora. ¡Y que coma!

Prudencia. ¿Y que coma también?

Fermín. ¡Claro! (¡Ya está!)

Prudencia. (Dispuesta a todo.) ¡Vamos, esto!...

Fermín. (Retándola.) ¿Qué?

Don Antonio. (Interviniendo, conciliador.) Esto es lo que ella estaba deseando, y por lo que te da las gracias, Ferminito.

Fermín. ¿Cómo?

Prudencia. ¡Señor cura!...

Nati. ¡Don Antonio!...

Don Antonio. Hace poco, ¿no me lo decías? (A Fermín.) Lo que Prudencia no sospechaba era que la fortuna le deparase la dicha de que la persona que viniese a ocupar la habitación fuese el señor Gabino, amigo tuyo por añadidura. Puedes traerlo cuando gustes, Fermín. ¡Ella, encantada!

Prudencia. ¡Señor cura!...

Fermín. (A Prudencia.) Pero usté, ¿hace suyas las palabras del padre?

Prudencia. (Haciendo de tripas corazón.) ¡Claro que sí, hijo de mi alma!

Fermín. (Loco.) ¿Eh?... (¡Rediez, que no doy una!)

Prudencia. ¿Es gusto tuyo? ¡Pues ya lo es mío!

Fermín. (¡Mi abuela!) (A Nati.) Oye, pero, ¿tú estás segura de que a tu madre no le pasa nada?

Nati. ¡Nada, Fermín!

Fermín. Bueno, bueno. ¡Pues voy por él! Abajo lo tengo esperándome... ¡Menuda alegría se va a llevar!

Prudencia. ¿Y nosotros, la que hemos tenido?

Fermín. ¡Ah! ¿Sí? Bueno, bueno... (Yo lo subo y que sea lo que Dios quiera. Pero, Señor, ¿qué ha pasao aquí? ¿Qué cambio es este? ¡Me han reventao! ¡Me han

reventao!) Hasta ahora mismo. Con permiso. (¡Me han reventao!) (Se va por el foro haciéndose cruces.)

Don Antonio. (A Prudencia, cuando Fermín ha desaparecido.) ¿Lo ves? ¿Lo ves?

Prudencia. (Saltando de la silla, recobrando sus ímpetus y paseándose por la habitación como una fiera enjaulada.) ¡Ah! Pero esto, no; esto es demasiao, don Antonio. ¡Que siendo yo como soy de limpia, me tenga que aguantar a meter en mi casa a un tío tan espeso como ese, no, no y no! ¡Por eso, no paso! ¡Aquí no entra! ¡Aquí no pone los pies! ¡Ca! ¡De ninguna manera!

Don Antonio. ¡Calma, hija, calma!

Prudencia. ¡Qué calma ni qué niño muerto! ¡Aquí que no lo suba! ¡Que no lo suba, que a mí me va a dar algo! ¡Que me va a dar, que me estoy poniendo muy nerviosa! ¡Que no lo traiga! ¡Que no lo traiga, porque lo tiro al patio! ¡Que no respondo de mí! ¡Que yo me conozco! ¡Que no respondo!

Nati. ¡Mamá, por la Virgen!

Don Antonio. ¡Prudencia!

Nati. ¡Mamá!

Don Antonio. ¡Prudencia!

Prudencia. ¡Que no respondo!

Don Antonio. (A Nati.) ¡Déjala! ¡Déjala que se desahogue! Ya se le pasará. (A Prudencia.) Mucha calma, mucha calma. ¡A consumar el sacrificio, hija mía! ¡Vamos, Prudencia, vamos!

Prudencia. No, no, no, no, no. . ¡Que no!

Don Antonio. ¡Vamos!

Prudencia. ¡Que no, señor cura, que no puedo!

Don Antonio. ¡Por Dios!

Prudencia. Eso digo yo: ¡por Dios!

Don Antonio. ¡Vamos, vamos!

N ti. (Desde la reja.) ¡Ya están ahí!

Don Antonio. (A Prudencia.) ¡Anda, anda tú misma a recibirlos!

Prudencia. (Exaltándose.) ¿Que yo?...

Don Antonio. (Con entereza.) Sí, mujer, sí. (La empuja cariñosamente hacia el portón.)

Prudencia. (Resistiéndose débilmente.) ¡Pero, señor cura!...

Don Antonio. (Con acento persuasivo.) ¡Anda, anda!...

(A la puerta del foro, aparecen FERMÍN y EL SEÑOR GABINO; éste, con un hatillo de ropa a la mano.)

El señor Gabino. Pa servirla a usté, señá Prudencia. Ya me ha dicho éste que me hace usté el honor de recibirme en su casa...

Prudencia. (Maquinalmente, con un gesto de repugnancia y casi a punto de echarse a llorar.) Sí, señor; sí, señor.

El señor Gabino. Como alojao y como amigo.

Prudencia. Sí, señor; sí, señor.

El señor Gabino. Y pa mí, es una atención que no sé cómo agradecer...

Don Antonio. Pase usté, señor Gabino. Pasa, Fermín.

El señor Gabino. (A don Antonio.) Servidor de usté.

Prudencia. (Cogiendo al señor Gabino con dos dedos por una manga de la americana y con un gesto de profundo asco.) (¡Dios mío, si no hay por dónde cogerlo!...) (Dando un grito.) ¡Coquito!

(Aparece COQUITO, por la derecha.)

Coquito. ¿Llamaba usté, señá Prudencia?

Prudencia. Tráete las tenazas de la cocina y llévate ésto a la basura.

El señor Gabino. (En son de protesta.) ¡Señá Prudencia!

(Prudencia no puede más y cae desvanecida sobre una silla. Todos acuden en su auxilio.)

Prudencia. ¡Ay!

Fermín. ¿Qué ha sido?

Nati. ¡Se ha desmayao!

Don Antonio (¡Del susto!) ¡Agua!

Nati. ¡Vinagre!

El señor Gabino. ¡Mejor vino!

Fermín. ¡Venga vino! ¡Venga vino!

El señor Gabino. ¡Voy! ¡Voy!

Coquito. ¡Voy! ¡Voy!

(Todos corren de un lado para otro.)

Don Antonio. (Echando agua del jarro en el vaso que está sobre la mesa.) ¡Aquí hay agua! ¡Que beba un sorbito!

Prudencia. (Dándole sendos puntapiés a Fermín y al señor Gabino, que se le ponen por delante.) ¡No! ¡No!

Fermín. ¡Rediez!

El señor Gabino. ¡Cómo atiza!

Fermín. No se da cuenta.

Coquito. Claro que no se da cuenta; si se diera cuenta, atizaría más.

Don Antonio. (Queriendo obligar a Prudencia a que beba agua del vaso.) ¡Bebe, hija, bebe!

Prudencia. (Entre dientes.) ¡Agua de esa, no; en ese vaso, no, que ahí ha estao la colilla!

Don Antonio. ¿Qué dice?

(Prudencia, de un manotazo, vierte toda el agua del vaso sobre el señor Gabino.)

El señor Gabino. ¡Ay! ¡Bueno me ha puesto!

Prudencia. (Mirando de reojo al señor Gabino, mientras éste se seca con un pañuelo.) ¡La primera que le cae encima, desde que lo bautizaron! (Fingiendo que le repite el ataque.) ¡Ay! ¡Ay!

Coquito. ¡Señá Prudencia!...

Nati. ¡Madre!...

Don Antonio. ¡Hija!...

(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Se supone que del acto primero al segundo ha transcurrido una semana. Es de día, en las primeras horas de la tarde.

—

(Al levantarse el telón, la familia ha terminado de comer; aún está el mantel puesto y sobre la mesa quedan platos con restos de fruta, vasos, pedazos de pan, una botella de vino, el jarro del agua y algunos cuchillos. NATI entra y sale, por la derecha, llevándoselo todo, y PRUDENCIA le ayuda. Sentados a la mesa, COQUITO, de frente al público, y a la izquierda, EL SEÑOR GABINO. A la derecha, en primer término—lejos de la mesa—VERÓNICA. El señor Gabino está un poco más presentable que en el acto primero; por lo menos se ha afeitado y adecentado un tanto.)

Prudencia. De modo que dice usté, señá Verónica, que a su chica la han avisao pa que vaya a Romea.

Verónica. Sí, señora; el Empresario, que la conoce de Maxim's, la ha ofrecío un puesto en los conjuntos. Como la Matilde tié esa figura tan juncal y está llenita...

El señor Gabino. ¡Está que rebosa!

Prudencia. ¡Usté se calla! (El señor Gabino ha sacado de un bolsillo del chaleco un puro de veinte céntimos y, después de encenderlo, mira con terror a todas partes, no sabiendo donde tirar la cerilla. Prudencia, que lo observa, llama a Coquito.) ¡Coquito! Tráele un cenicero al señor Gabino.

Coquito. Voy. (Se marcha por la derecha.)

Prudencia. (A Verónica.) Supongo yo que la Matilde habrá aceptao.

Verónica. ¡Pues, claro!

Prudencia. No sabe usté lo que me alegro, señá Verónica. Así, la chica estará mejor vista de tó el mundo.

Verónica. ¡Calcule usté! Siempre se ha dicho que el escenario es un escaparate...

Prudencia. Señá Verónica, que no lo hablaba yo en ese sentido. ¡Sí que me ha entendido usté bien por las narices!

Verónica. ¡Ah! ¿No?

(COQUITO vuelve por la derecha, con un bote de pimientos vacío, suspendido por una cuerda, que pone al cuello del señor Gabino. Este, que ha permanecido con su cerilla en la mano todo el tiempo, deposita en el bote la cerilla y luego la ceniza que va formando el puro.)

El señor Gabino. (A Coquito.) ¡Que Dios te lo pague, galán!

Verónica. (Riéndose al ver al señor Gabino con el bote colgando.) ¡Arrea! Pero eso, ¿qué es, señor Gabino?

El señor Gabino. ¿Ha visto usté?... La señá Prudencia que, pa que no le ensucie el piso, me ha habilitao de cenicero este bote de pimientos. ¡Que es una lata, no vaya usté a pensarse!...

Prudencia. Más lata es tener que ir detrás de usté con una escoba, barriéndole la ceniza.

El señor Gabino. ¿Más lata que esto?... ¡Ca!

Coquito. (En son de burla.) ¡El tonto del bote!

Prudencia. ¡Niño!...

El señor Gabino. ¡A ver si te doy, tú!...

Nati. (Con la última remesa de platos en las manos.) ¡Anda, a la cocina a ayudarme, Coquito!

Prudencia. (A Coquito.) ¡Vete con la Nati, sí!

(Nati y Coquito se van por la derecha.)

El señor Gabino. Después de tó, lleva razón el chico.

Prudencia. Como aquí no había hombre que fumase—¿sabe usté, señá Verónica?—, nos ha encontrao desprovistas de toa clase de utensilios. Y como no era cosa tampoco de meterse en gastos a mediaos de mes... ¡Pero deje usté que llegue Julio! De que llegue Julio, me traigo una batería completa de escupideras y ceniceros.

El señor Gabino. ¡Que no vaya yo a ser su ruina, señá Prudencia!

Prudencia. (Con coraje.) ¡Usté va a ser mi perdición!

El señor Gabino. (Sonriente e intentando tomarle la cara.) ¡Vamos, señá Prudencia!...

Prudencia. (Dándole un manotazo.) ¡Que se esté usté quieto! ¿Habrá atrevido?... Pero, ¿tié usté valor de tocarme con esas manos, so asqueroso?

El señor Gabino. ¡Si me las he lavao!

Prudencia. ¿Cuándo?

El señor Gabino. El domingo de Ramos.

Prudencia. ¿Eh?

El señor Gabino. ¡Antes de comer, señá Prudencia! Así que me deja usté sentar a la mesa sin ese requisito. Si desde hace ocho días, que son los que llevo viviendo con usté, que no hay quien me conozca; si hasta me he comprao una «Gillette» pa afeitarme a diario; si yo no sé dónde voy a parar con tanto aseo...

Prudencia. ¡Toma! Pues eso no es ná pa lo que le queda.

El señor Gabino. ¡Ah! ¿Sí?

Prudencia. Desde mañana que empieza usté a darse las duchas calientes, o en mi casa no sigue.

El señor Gabino. ¿Duchas calientes? Serán frías, señá Prudencia. El agua caliente, es pa los cerdos.

Prudencia. Precisamente.

El señor Gabino. ¡Señá Prudencia!...

Prudencia. ¿Qué se había usté pensao? Si yo misma estoy asombrá de verme; si yo no sé cómo me he podido acostumbrar a tener en mi casa a un tío tan puerco como usté, que me abona los tiestos ná más que con mirarlos...

El señor Gabino. ¡Maldito sea el betún!... ¡Bueno está ya, señá Prudencia! Un poquito de compasión, que usté cuando la toma con uno —¡rediez!—, hasta que no le saca brillo...

Prudencia. ¿Brillo a usté?... ¡Trabajo le doy al que lo intente! ¡Si es usté mate!...

El señor Gabino. ¿Ve usté, señá Verónica?... Pues así se pasa el día: poniéndome como nuevo.

Prudencia. ¡Ojalá!

El señor Gabino. Crea usté que hace falta la paciencia de un santo pa aguantarla.

Verónica. Tanto pelear uno con otro y toavía van ustés a acabar casándose.

Prudencia. ¿Quién? ¿Yo?

Verónica. Cosas más extrañas se han visto.

Prudencia. ¡Quite usté, por Dios! ¡El Señor me libre! ¿Yo casá con este saco de ropa sucia?... ¡Señá Verónica!

El señor Gabino. Fso quisiera usté. ¡Pero están verdes!

Prudencia. ¿Cómo?

El señor Gabino. ¡Menuda ganga! ¡Así que iba usté a encontrar otro marido mejor que yo por el mundo!

Prudencia. ¡Vamos, límpiese!

El señor Gabino. ¡Y dale con la manía!

Verónica. Pues no lo digo en broma, señá Prudencia...

Prudencia. Calle usté, calle usté, por Dios, que de pensarlo ná más, me dan sudores.

Verónica. El señor Gabino es un hombre solo y sin familia, que necesita el cuido de una mujer.

El señor Gabino. Usté lo ha dicho, de una mujer; pero la señá Prudencia no es una mujer... ¡Es un cepillo!

Prudencia. ¡Míralo, qué rico!

El señor Gabino. Eso en cuanto al aseo, que en cuanto a lo demás, ni aunque me la dieran engarzá en oro, la querría.

Prudencia. ¿Y aún se va a poner moños este recogedor de basura?...

El señor Gabino. A mí me han gustao siempre las mujeres callás, y la señá Prudencia es un loro.

Prudencia. ¡Pero, oiga usté, so mamarracho!...

El señor Gabino. Su lengua es que no para ni un minuto, porque hasta de noche, pa soñar, sueña en voz alta... ¡Y yo con eso no transijo! El día que me case, si me caso, tendrá que ser con una muda.

Prudencia. ¡Pa no cambiarse de ropa en toa su vida!... ¡Si será marrano! ¿Habrá tiñoso?...

El señor Gabino. Con una muda de las cuerdas vocales.

Prudencia. ¡Si ya me he percatao de la trayectoria, guasón! Pero, ¿sabe usté lo que le digo?

El señor Gabino. Cualquier cosa. La cuestión en usté, es no callarse...

Prudencia. Que si soy habladora, mejor, y si limpia, mejor también; que así me crió mi madre y así he de ser mientras que viva. Y si a usté no le conviene, la calle es libre pa que la tome el que la quiera. ¡Conque ya está usté enterao! ¡Nos ha fastidiao aquí, don Espeso!... Con su permiso, señá Verónica, voy a vestirme, que tengo que salir a unos encargos.

Verónica. Usté es muy dueña.

Prudencia. (Sin poder disimular su indignación.) ¡Vamos, hombre! (Encarándose de nuevo con el señor Gabino.) ¿Yo casá con usté?... ¿Margaritas al señor Gabino?... ¡Ja, jay, qué risa! ¡Es que me troncho!

Antes muerta veinte veces
y de gusanos comida,

como dice la copla. ¡Uf, qué asco de hombre, pero, qué asco! (Escupe dos o tres veces con extremada repugnancia y se marcha por la primera puerta de la izquierda.)

El señor Gabino. Ya la oye usté. Prefiere que se la merienden los gusanos a casarse conmigo.

Verónica. Pero, ¿a usté le gusta?

El señor Gabino. Más que comer con los dedos, sí, señora.

Verónica. ¡Pues, duro con ella, señor Gabino!

El señor Gabino. No, señá Verónica, no está pa mí, no me hago ilusiones. La señá Prudencia no me querrá nunca. (Con pena.) ¡Nunca!

Verónica. ¡Qué se sabe!

El señor Gabino Yo sí lo sé. Tié muy arraigá la manía de la limpieza, y como yo no cambie de pellejo...

Verónica. Con las duchas calientes no crea usté que ha de faltarle mucho.

El señor Gabino. ¡Quizás!

Verónica. Y, sobre tó, si usté ya le conoce el flaco, ¿por qué no es usté pulcro, señor Gabino? ¿Qué trabajo le cuesta a usté?

El señor Gabino. ¿Pulcro, señá Verónica? ¡Pero si ya como con tenedor hasta las patatas a la inglesa, que ni una se me logra, porque antes las hago polvo que las pincho!... ¡No es eso, no es por áhi!

Verónica. ¿Acaso el deseo de la señá Prudencia de

conservarse libre por si algún día aparece el padre de su chica?

El señor Gabino. Eso, tal vez. Pero, ¿vive ese hombre, señá Verónica?

Verónica. No le puedo decir a usté, señor Gabino. ¡Es un misterio! Yo no sé si usté sabrá que la señá Prudencia tuvo a la Nati en circunstancias bien extrañas.

El señor Gabino. Conozco la historia.

Verónica. Y esta mujer, que es una santa, ha vivido sacrificá por esa hija, pasando mil apuros pa sacarla adelante, pero sin que nadie haya tenido nunca ná que decir de su persona.

El señor Gabino. Por eso la admiro más, por eso me gusta. ¡Si Dios quisiera que se fijase en mí!... Porque no lo querrá usté creer, señá Verónica, pero la he tomao ley. En los días que llevo aquí—¡qué sé yo!—me parezco otro hombre; estoy satisfecho Esa misma saña con que me trata, me ha robao la voluntad. ¡Los hombres somos así! Y de la chica, no digamos; la chica es un primor. ¡Qué agrado tié, qué modales! Pa mí es el reverso de la madre; me mima, me cuida, me atiende. Ella me zurce los calcetines, me limpia la ropa, me sirve la comida .. No le miento a usté si le digo que la quiero ya como si fuese mi propia hija. Por eso, si la madre me mirase con mejores ojos... ¡No sé, no sé, señá Verónica! He encontrao aquí un hogar, un calor de nido, y a quien, como a mí, la vida no le ha hecho más que rodar sin rumbo, no sabe usté el bien que le reporta sentirse cobijao por un techo honrao y verse atendío por unas manos blancas.

Verónica. Sí que lo creo.

El señor Gabino. (Viendo cruzar por el pasillo, y tras la reja, a MATILDE LA CLAVELES, y levantándose a abrir el portón.) Aquí viene su chica.

Matilde la Claveles. (Apareciendo en el umbral de la puerta del foro.) ¡Salud, señor Gabino! (Entra en escena, y el señor Gabino cierra el portón.)

El señor Gabino. ¡Dios te guarde, mujer!

Matilde la Claveles. ¡Hola, madre! (Se sienta.)

Verónica. ¿Has estao en Romea?

Matilde la Claveles. De allí vengo.

Verónica. ¿Y qué te han dicho?

Matilde la Claveles. Que mañana, a las once, vaya a ensayar con el maestro y con las otras compañeras.

Verónica. Y de sueldo, ¿no te han hablao?

Matilde la Claveles. También. Han quedao en darme dos duros.

Verónica. ¿Ná más?

Matilde la Claveles. ¿Le parece a usté poco? Es lo que ganan todas.

Verónica. ¡Vamos, criatura! ¿Y a que te den dos duros vas tú a ir a Romea? ¡Ni que lo sueñes!

Matilde la Claveles. Pero, ¿por qué, madre?

El señor Gabino. Si es tarifa...

Verónica. Aunque sea Gibraltar Lo que es mi hija no se expone por tan poco dinero.

Matilde la Claveles. Pero, ¿a qué me expongo?

El señor Gabino. A que te tiren las butacas. Y, claro, a tu madre no le compensan los cuarenta reales de la fortuna que se ha de gastar en algodón hidrófilo.

Verónica. Diga usté que por eso no la quería yo dejar que fuese sola. Si va conmigo, ¿de dónde no apoquina cinco leandras más el empresario?

El señor Gabino. ¿Y por qué no la ha acompañao usté? La figura de la madre de la cupletista está hoy tan solicitá en los escenarios, que la que no la tiene, la alquila.

Verónica. Pues porque esta cursi de mi hija, dijo que no estaba bien el que me presentase de mantón.

El señor Gabino. Bueno, y en eso no iba descaminá la Matilde.

Matilde la Claveles. ¿Lo oyes?

El señor Gabino. Se tendrá usté que comprar una capotilla y un lulú, o, por lo menos, un fosterrier, pa componer el tipo a la medida.

Verónica. ¿Yo con capota?

El señor Gabino. Como una manuela. ¡Es lo indicao!

Matilde la Claveles. Me alegro de que lo oigas, pa que luego no digas que son cosas mías.

Verónica. ¡Ay, qué rica! Pero, ¿es que te lo has creído? ¿Yo con güito y perro, sin que el almanaque anuncie carnaval? ¡No en mis días!

Matilde la Claveles. Pues tendrás que hacerlo, si es que quieres acompañarme.

Verónica. Te pondré carabina. ¡Primero del somatén que hacer el ridi! ¡En jamás de la vida!

Matilde la Claveles. Como gustes.

(Por la primera izquierda, sale PRUDENCIA, con un vestido oscuro y un mantón de crespón negro, liso, puesto en forma de chal.)

Prudencia. ¡Hola, Matilde!
Matilde la Claveles. Dios la bendiga a usté.
Prudencia. ¿Me acompaña usté, señá Verónica?
Verónica. ¿Va usté muy lejos?
Prudencia. Ahí, a la Cava Baja, a comprar unas cosas.
Verónica. (A Matilde.) ¿Tú, qué piensas hacer?
Matilde la Claveles. (A Prudencia.) ¿Está la Nati?
Verónica. En la cocina la tienes, fregando los platos.
Matilde la Claveles. Le daré un rato compañía y luego me iré a casa. Vaya usté con la señá Prudencia.
Prudencia. Sin compromiso, ¿eh? Que yo sé ir sola y no me pierdo.
Verónica. Ninguno, señá Prudencia. ¡Faltaría más!
Prudencia. (Asomándose a la puerta de la derecha y alzando la voz.) ¡Hasta luego, Nati!

(Dentro, hacia la derecha, se oye la voz de NATI.)

Nati. ¡Hasta luego, madre!
Prudencia. Yo vuelvo en seguida. Hasta luego, señor Gabino.
Verónica. Buenas tardes.
El señor Gabino. Vayan ustés con Dios.

(Por el pasillo, y tras la reja, se ve cruzar a FERMÍN, y, cuando Prudencia abre el portón, aparece el mozo en el umbral de la puerta del foro.)

Prudencia. ¡Hombre, Fermín!
Fermín. Santas y buenas (Cediéndoles el paso a Prudencia y a Verónica.) Pasen ustés, pasen ustés.
Prudencia. Hasta ahora.
Verónica. ¡Adiós, Fermín!
Fermín. ¡Que ustés la gocen!

(Matilde, al ver a Fermín, da muestras de inquictud y azoramiento.)

Matilde la Claveles. (Al señor Gabino.) Me voy con la Nati. (Se marcha por la derecha, y por la izquierda del corredor, desaparecen Prudencia y Verónica. Fermín entra en escena y cierra

el portón; ha visto la huída de Matilde y se encara con el señor Gabino.)

Fermín. Se va porque he venido, ¿no?

El señor Gabino. A mí, ¿qué me preguntas?

Fermín. Se va por eso. Me huye porque me teme. ¡Maldita sea lo malo!... ¡Esa mujer, señor Gabino, me va a sacar el sol de la cabeza!

El señor Gabino. ¿El sol? Apenas si debe quedarte ya algún rayito que otro, porque de toas dices lo mismo.

Fermín. ¡Señor Gabino!

El señor Gabino. Te encalabrinas demasiao, Fermín, y debes comprimirte.

Fermín. Y, ¿qué le hago, señor Gabino, si mi genio es así y la sangre me arde en las venas, y en cuanto miro unos ojazos negros, ya me tiene usté dando saltos y proclamando la república? Ocho días llevo detrás de la Matilde sin poder alcanzarla, y ocho días que ni he dormido, ni he sosegao. ¿Cree usté que esto es posible?

El señor Gabino. Y, ¿por qué no la dejas de una vez y te dedicas a lo tuyo?

Fermín. Y, ¿qué es lo mío?

El señor Gabino. La otra; la Nati.

Fermín. (Con anhelo sensual.) Pues, ¡si ella quisiera!...

El señor Gabino. ¡Alto el carro, Fermín, que no era esa mi intención! La Nati, pa ti, ha de ser sagrá. ¿Lo oyes? ¡Sagrá!

Fermín. Mucho ha cambiao usté de parecer desde que se ha mudao a esta casa.

El señor Gabino. Porque hasta que me he mudao a esta casa, como tú dices, no he sabido lo que te quiere esa chiquilla. ¡Cásate con ella y hazla feliz, que bien se lo merece!

Fermín. ¡Vamos, señor Gabino! ¡Está usté loco! ¿Casarme yo?... ¡Tendría que ver!

El señor Gabino. Pues, déjala, entonces, pero no la engañes.

Fermín. ¡Eso, tampoco! Me gusta, y no voy perdiendo ná con tenerla a mi lao.

El señor Gabino. ¡Allá tú! Ahora, que te lo advierto, Fermín; de la Nati, como no sea por el camino honrao y con toas las de la ley, no sacas ná.

Fermín. ¡Qué sabe usté!

El señor Gabino. El que no lo sabe, eres tú, galán.

Fermín. Si ella quisiera, ¿quién podría evitarlo?

El señor Gabino. Su madre, en primer lugar, y luego, yo.

Fermín. ¿Usté?

El señor Gabino. ¡Yo!

Fermín. ¿Es usté su padre, por un casual?

El señor Gabino. Pa impedir una charraná tuya, como si lo fuera.

Fermín. (Riéndose.) Señor Gabino, no me haga usté *de* reír, que no estoy de humor pa chirigotas. ¿Usté metido a amparador de doncellas desvalidas?... ¡Bueno, es pa troncharse!

El señor Gabino. ¡Pues no lo eches en saco roto!

Fermín. ¡Qué risa! Ande, ande usté a dormir su siesta, señor Gabino, que, sin duda, es el sueño el que le hace a usté hablar de esa manera.

El señor Gabino. (Bostezando.) Quizás que lleves razón, que sea el sueño, porque ya iba yo notando así cierta pesadez en los párpados... ¡Has tenido la gran idea! A dormir me voy, pero, por si acaso, no eches en saco roto lo que te he dicho, Fermín; no lo eches en saco roto.

Fermín. ¡Y torna! En usté el sueño es como una borrachera; le da pelmaza.

El señor Gabino. Puede que lleves razón. (Inicia el mutis hacia la segunda izquierda.)

Fermín. ¡Ah, oiga usté, señor Gabino! Antes de acostarse, llame usté a la Matilde con cualquier pretexto.

El señor Gabino. ¡Chico, que está la Nati!...

Fermín. Llámela usté, que yo procuraré que de lo que aquí hablemos los dos, ni la tierra se entere.

El señor Gabino. Me obligas a hacer cada papelito ..

Fermín. ¡Llámela usté!

El señor Gabino. (Asomándose a la puerta de la derecha.) ¡Matilde!... ¿Quieres hacer el favor un momento, mujer? .. No es más que un momento. (A Fermín.) Ahí viene. Con ella te dejo.

Fermín. Gracias, señor Gabino.

El señor Gabino. ¡Ten cuidado con la otra!

(El señor Gabino se va por la segunda puerta de la izquierda, y por la derecha sale MATILDE LA CLAVELES, alegre y confiada. Fermín la espera en acecho como el tigre a su presa.)

Matilde la Claveles. (Saliendo.) Usted dirá, señor Ga-

bino... (Pretendiendo escapar al encontrarse sola con Fermín.) ¡Fermín!

Fermín. (Cogiéndola de una mano e impidiéndola la huida.) ¡Calla!

Matilde la Claveles. ¡Suelta! ¡Déjame! ¡Suelta!.

Fermín. ¡Calla! ¡Por tu madre! ¡Calla!

Matilde la Claveles. ¡Que está ahí la Nati, que nos puede ver! ¡Suéltame! No seas loco, Fermín.

Fermín. Oyeme. Necesito hablarte. Es preciso que me oigas.

Matilde la Claveles. En otro sitio, en otra parte. ¡Aquí, no!

Fermín. ¿Dónde?

Matilde la Claveles. Donde sea. ¡Suéltame!

Fermín. Pero si no vas, si hace una semana que te busco inútilmente... (Abrazándola.) ¡Matilde!

Matilde la Claveles. ¡Quita! ¡Que me haces daño, Fermín!

Fermín. Escúchame, mujer. ¡Mírame a los ojos, mírame! ¿Qué tienes tú que así me has arrancao el corazón y el alma? ¡Sin tus besos no vivo!

Matilde la Claveles. ¡Suéltame! ¡Que va a venir! ¡Suéltame!

Fermín. ¡Chiquilla mía!

(En este momento aparece, por la derecha, NATI, que sorprende la escena, pero que sabe hacerse la disimulada, conteniendo el primer ímpetu de acometida violenta. Inútil es decir, que Matilde y Fermín, al darse cuenta de la presencia de Nati, se separan, procurando cada cual también disimular por su parte.)

Nati. ¿Qué?

Matilde la Claveles. ¡Ella!

Fermín. ¿Eh?

Nati. (Dueña de sus nervios y dirigiéndose a Fermín como si no hubiera visto nada.) ¡Hola, hombre! Pero, ¿estás aquí? ¿Por qué no has entrao?

Fermín. Ahora iba a entrar. Me entretuve con el señor Gabino... Perdóname.

Nati. De nada, chico. ¿Se ha marchao el señor Gabino?

Fermín. Se ha echao un rato a dormir la siesta.

Nati. (Sentándose.) ¡Ah, ya! (A Matilde, que está vuelta de-

espaldas, mirando por la reja al corredor.) ¿Por qué no te sientas, Matilde?

Matilde la Claveles. Gracias, chica. Me voy ya. Es tarde pa mí. He quedao citada en casa con mi madre...

Nati. Como quieras, mujer.

Matilde la Claveles. Ya vendré otro día más despacio.

Nati. (Con intención.) Pero ven cuando no esté aquí éste... (Por Fermín.)

Matilde la Claveles. ¿Eh?

Nati. ¡Que podamos hablar con tranquilidad!

Matilde la Claveles Descuida.

Fermín. (Intentando marcharse.) Si estorbo...

Nati. (Sujetando a Fermín por una manga.) ¡Tú qué has de estorbar, granuja! No te pases de listo.

Matilde la Claveles. (Besando a Nati.) ¡Adiós, Nati!

Nati. ¡Adiós, rica!

Matilde la Claveles. ¡Hasta otra!

Nati. ¡Que sea pronto! (Matilde sale por la puerta del foro, sin mirar a Fermín, y se marcha por la izquierda del corredor. Nati se levanta para darle el último adiós desde la reja.) ¡Adiós, riquina! (Volviéndose, airada, hacia Fermín cuando Matilde ha desaparecido.) ¡Está bien, hombre, está bien! Tó lo podía yo esperar de ti, menos eso. ¿De modo que pegándomela en mis mismas narices? ¡Hace falta frescura!

Fermín. ¿Cómo?

Nati. ¿Crees que no te he visto atarazao a lo náufrago a esa sinvergüenza de la Claveles?

Fermín. ¿A mí?

Nati. (Con sorna.) ¡A Cascorro! (Yendo hacia él, plena de arrebato y de pasión.) ¡Y eso, no, Fermín—¿te enteras?—eso conmigo, no! Tú eres mío—¿sabes?—mío ná más. ¡Ni de esa ni de ninguna! ¡Mío sólo, como yo soy tuya; en cuerpo y alma!

Fermín. ¡Falta que me lo pruebes!

Nati. ¿El qué?

Fermín. Eso que has dicho; que eres mía en cuerpo y alma.

Nati. Cuando tú lo exijas.

Fermín. ¿Serías capaz?...

Nati. De tó, antes que perderte, antes de que tu cariño me lo robe nadie.

Fermín. De forma que si yo te dijera: abajo tengo

el coche y pa luego es tarde, ¿serías tú capaz de seguirme?

Nati. ¡Al fin del mundo!

Fermín. ¡Pues, vamos!

Nati. ¡Fermín!

Fermín. ¿Te arrepientes?

Nati. (Con firmeza.) ¡No! Dime dónde me esperas.

Fermín. ¡Vamos juntos!

Nati. Juntos, no. Tú primero y yo después.

Fermín. En la Fuentecilla, entonces. ¿Te parece?

Nati. Conforme. Allí iré yo. Tú aguárdame. ¡Pero júrame que serás mío siempre!

Fermín. ¡Siempre!

Nati. ¿Me lo juras?

Fermín. (Cruzando las manos y besando la cruz.) ¡Míralas!

Nati. Te creo. Vete ahora.

Fermín. ¿No tardarás?

Nati. El tiempo preciso pa echar de aquí a Coquito, con cualquier achaque, y llegar a buscarte.

Fermín. Pues no hablemos más. ¡Hasta ahora, mi vida!

Nati. Hasta ahora, Fermín.

Fermín. (¡Pan comido, y cuando menos lo esperaba! ¡Soy el tío de la suerte!) (Sale por el foro. Nati queda un momento indecisa y pensativa, luego, como tomando una resolución, se asoma a la puerta de la derecha.)

Nati. ¡Coquito!

(Por la puerta de la derecha, sale COQUITO, con un largo delantal de tela de saco, y secando con un paño una sartén o una cacerola.)

Coquito. ¿Qué me mandas?

Nati. Quítate ese delantal y llégate, en un salto, a los Cuatro Caminos.

Coquito. ¿A los Cuatro Caminos, con el día que hace?

Nati. Es necesario.

Coquito. Me voy a liquidar.

Nati. Preguntas por don Julián, el de la fábrica de sombreros—¡ya sabes!—y le dices de mi parte que hasta mañana no tendré listo su encargo.

Coquito. (Después de quitarse el delantal y de dejar la sartén.

o la cacerola sobre una silla.) Como dispongas, mujer; pero... ¡mira que mandarme ahora a los Cuatro Caminos!...

Nati. ¡Anda pronto y no repliques más!

Coquito. Es matarme, es darme la puntilla. ¡Con lo que yo sudo! .. Vuelvo en una garrafa, lo estoy viendo... (Se va por el foro, refunfuñando. Nati, atisba desde la reja hasta cerciorarse de que Coquito se ha marchado.)

Nati. ¡Y ahora yo! Es una locura lo que voy a hacer, lo sé, lo comprendo, pero no hay más camino que ese pa no perderlo del tó. ¡Y lo quiero tanto!... (Vase por la primera puerta de la izquierda y sale a poco con un mantón de crespón, negro, liso, puesto en forma de chal; se dirige a la cómoda rápidamente, abre un cajón y de él saca unas cuantas prendas, que envuelve en un pañuelo de hierbas, con el cual hace un pequeño lio. Presa de viva excitación, va a encaminarse al portón, cuando, ino cente, al parecer, de todo, se presenta EL SEÑOR GABINO a la segunda puerta de la izquierda, en mangas de camisa y desperezándose. Nati, al verlo, se detiene confusa y sorprendida.) ¿Eh?

El señor Gabino. ¿Te marchas? ¿Dónde vas, hija, con este día de calor?

Nati. Ahí, a..

El señor Gabino. Entre el calor y los mosquitos, no he podido pegar un ojo. (Bostezando.) Y me caigo de sueño, es que me caigo... (Con aire indiferente.) ¿Dónde vas, Nati?

Nati. Iba a entregar...

El señor Gabino. ¿El qué?

Nati. (Riéndose forzadamente.) ¡Vaya una pregunta!

El señor Gabino. ¡Una mocita está siempre en condiciones de entregar tantas cosas!...

Nati. (Seria.) ¡Señor Gabino!

El señor Gabino. (Sentándose, sin darle importancia a lo que ha dicho.) ¡No te vayas, mujer! Siéntate aquí y hazme un ratito compañía. No me dejes solo. Espera a que vuelva tu madre. Vamos a hablar, si quieres, como tantas otras veces, de aquello que a ti más te interesa.

Nati. Si es cuestión de un momento, señor Gabino; si en seguida vengo.

El señor Gabino. ¡Qué empeño tienes en marcharte! Cualquiera diría, al verte tan nerviosa, que no era precisamente a entregar a lo que ibas, o, por lo menos, que no era a entregar en el almacén.

Nati. (Temiendo que el señor Gabino pueda sospechar la verdad.) ¡Señor Gabino!

El señor Gabino. (Levantándose y yendo hasta ella en actitud solícita.) Vaya, vaya... Ven acá. (Realizando lo que irá diciendo, ante la pasividad de Nati, que, como un autómata, le deja hacer.) Quítate el mantón, suelta ese lío y siéntate junto a mí; así, muy cerquita los dos, como podrían sentarse un padre y una hija. Alza la frente, mírame a la cara y hablemos. ¿Es que ya no quieres hablar conmigo? ¿Es que ya no quieres que te cuente cosas de Fermín, esas cosas de Fermín, que tanto te gusta saber?

Nati. (Poniéndose de pie.) ¡Déjeme usté, señor Gabino! ¡Déjeme usté salir! Necesito marcharme antes de que venga mi madre.

El señor Gabino. ¡Nati!

Nati. ¡Por favor se lo pido! ¡Déjeme usté que me vaya!

El señor Gabino. ¿Adónde?

Nati ¡Que él me espera! ¡Me espera!

El señor Gabino. ¿Quién?

Nati. Fermín.

El señor Gabino. ¿Fermín te espera? ¡Pues que aguarde sentao!

Nati. No, señor Gabino. ¡Déjeme usté! Se lo suplico.

El señor Gabino Pero, ¿estás en tu juicio, criatura? ¿Qué vas a hacer? ¿Es que no sabes cómo es ese hombre? ¿No conoces su condición?

Nati. Es que si no me voy con él lo pierdo pa siempre; es que me lo he encontrao aquí abrazao a la Claveles. Y eso, no, señor Gabino; que él es mi vida y él lo es tó.

El señor Gabino. ¡Calla, infeliz!

Nati. ¡Déjeme usté!

El señor Gabino. ¡Que no te dejo, ea! Y ahora, menos. ¡Tendría que ver! Y si te vas, yo voy contigo.

Nati. ¡Señor Gabino!...

(En el corredor, y tras la reja, aparece DON ANTONIO, de hábitos, como en el acto primero.)

Don Antonio. (Desde la reja.) ¿Se puede pasar?

Nati. ¡Don Antonio!

El señor Gabino. (¡El cura! ¡Nos salvamos! ¡La Providencia es quien lo envía!) (Abre el portón, don Antonio se

separa de la reja y entra en escena.) Pase usté, señor cura, pase usté. Perdone usté que lo reciba de esta facha...

Don Antonio. El día no está para otra cosa, amigo Gabino. ¡Se fríen los pájaros!

El señor Gabino. ¡Se fríe Dios!

Don Antonio. ¡Señor Gabino! ¿Qué forma de hablar es esa?

El señor Gabino. Discúlpeme usté, señor cura.

Don Antonio. (Secamente.) ¡Que le disculpe Dios!

El señor Gabino. (Contrariado.) (¡La hemos pringao!)

Don Antonio. ¿Qué tal, Nati?

Nati. Pa servirle a usté, señor cura.

Don Antonio. ¿Y tu madre?

El señor Gabino. (Solícito.) No tardará. Siéntese usté, señor cura, siéntese usté, que en seguida viene.

Don Antonio. ¿Cómo os va por aquí desde hace una semana que no sé de vosotros? (Se sienta y saca un pañuelo con el que se seca el sudor de la frente.)

El señor Gabino. Superiormente, señor cura. De mí puedo decirle a usté, que estoy encantao. ¡Esto es un paraíso!

Don Antonio. ¿Le prueba bien la casa?

El señor Gabino. La casa y la familia, y tó. Perro vagabundo acosao por la gente que, al fin, encuentra un sitio donde refugiarse, ese soy yo, y ese es mi caso.

(Nati se ha sentado y, apoyando el brazo en el respaldo de la silla y la cabeza en la palma de la mano, queda en actitud pensativa.)

Don Antonio. ¿Le cuidan a satisfacción?

El señor Gabino. Me mondan con tanto cuido, señor cura.

Don Antonio. ¿Que le mondan?

El señor Gabino. ¡Y me escamondan! Desde que he entrao aquí, más que a mí, me parezco a Pilatos. ¡Que lo diga la Nati!

Don Antonio. ¿Y eso, hijo mío?

El señor Gabino. Porque no hago más que lavarme las manos.

Don Antonio. (Riéndose.) ¡Cosas de Prudencia! Clara como el agua, a su lado ya es sabido; hay que ser limpio, de grado o por fuerza. Usted, ¿lo es de grado?

El señor Gabino. ¡Por fuerza, señor cura!

Don Antonio. (Volviéndose hacia Nati.) Y a ti, ¿qué te pasa, Nati? Estás ahí tan callada...

Nati. Nada, don Antonio.

El señor Gabino. ¡Cosas del querer!...

Don Antonio. ¡Ah, vamos! ¿Algún disgusto con el novio, quizás?

El señor Gabino. Cerca le anda.

Don Antonio. ¿Es eso, Nati?

Nati. No, señor.

Don Antonio. ¿Entonces?...

Nati. Pero, si no me pasa nada, señor cura; que estoy así, aplaná... ¡No sé!

El señor Gabino. Historias, cuentos, novelas... ¡*Los Contemporáneos*, por una perra gorda!

Don Antonio. (Mirando estupefacto al señor Gabino.) ¿*Los Contemporáneos*? ¡Que me emplumen si le comprendo a usted ni una palabra, señor Gabino!

(Por la puerta del foro, que al entrar don Antonio se ha dejado abierta el señor Gabino, aparece COQUITO, jadeante.)

Nati. (Poniéndose de pie al ver entrar a Coquito.) ¡Coquito! ¿Tú, ya aquí?

Coquito. (Sin poder hablar apenas.) Bu... buenas, señor cura.

Don Antonio. ¡Hola, pollito!

Nati. (A Coquito.) Pero, ¿ya has ido a los Cuatro Caminos? (Coquito dice que no, con la cabeza.) ¿Entonces?...

Coquito. Es que he hablao con don Julián por teléfono.

Nati. ¿Y vienes con la lengua fuera?

Coquito. Del teléfono a aquí.

Nati. Pues no has adelantao ná, porque ahora tienes que llegarte a las Ventas.

Coquito. (Aterrado.) ¡Mi madre! ¿A las Ventas?

(A la puerta del foro, aparece FERMIN, de muy mal aire. Nati, al verlo, deja a Coquito y se adelanta a él.)

Nati. ¡Fermín!

Fermín. ¿Es esa tu palabra? ¿Es ese el modo de cumplirme lo ofrecido? ¡Merecías ahora que no te volviese a mirar más a la cara!

Nati. Fermín, perdóname, no fuí yo; fué el señor Gabino, que no me dejó salir!

Fermín. (Avanzando hacia dentro, negro de coraje.) ¿Qué? ¿Ese mal bicho?...

El señor Gabino. (Separándose de don Antonio.) Con su permiso, señor cura, voy a decirle unas palabritas a este socio. (Y avanza resuelto hacia Fermín hasta encontrarse con él frente a frente. Nati, Coquito y don Antonio, contemplan mudos la escena, reflejando en sus rostros la distinta impresión que les causa: en don Antonio y Coquito, sorpresa, en Nati, azoramiento e inquietud.) ¿Qué pasa?

Fermín. ¿Quién es usté pa interponerse en mi camino?

El señor Gabino ¿Y quién eres tú pa querer saltar por encima del vallao? Ya te lo previne y pronto lo olvidaste. Esta mujer pa ti ha de ser sagrá. ¿Lo entiendes, Fermín? ¡Sagrá! (A don Antonio.) Quería llevársela, ¿sabe usté, señor cura?...

Don Antonio. ¿Es posible?

Fermín. ¡Y me la llevaré!

El señor Gabino. ¡Eso, lo veremos!

Fermín. ¡Lo veremos!

El señor Gabino. ¡Y pocas voces, si no quieres que de un tortazo te descomponga el tipo.!

Fermín. ¿A mí?

El señor Gabino. ¡A ti!

Fermín. ¡Maldito sea!... (Se acometen. Más listo el señor Gabino, le da una bofetada a Fermín, que casi lo tira al suelo. Fermín se repone y viene una lucha cuerpo a cuerpo. A duras penas logran separarlos Nati y don Antonio. Coquito grita, asustado.)

Nati. ¡Fermín!

Don Antonio. ¡Señor Gabino!

Coquito. ¡Socorro!

(Por el foro aparece rápidamente PRUDENCIA, con el mantón terciado cuando ya los contendientes han cesado en su acometida.)

Prudencia. ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Quién grita? ¿Qué ha pasao aquí?

El señor Gabino. (Todavía excitado, señalando a Fermín.) ¡Ese granuja!...

Prudencia. ¡Fermín!

(Nati se ha sentado en una silla y llora afligida, ocultando su rostro entre las manos.)

Don Antonio. (A Prudencia, señalando a Fermín.) Quería escaparse con tu hija, por lo visto.

Prudencia. (Desencajada.) ¿Qué? (Acudiendo a su hija, con la voz velada por las lágrimas.) ¡Hija! Pero, ¿tú?... (Mirando a Fermín, con rencor.) ¡Canalla! ¡Ladrón! ¿Pa eso la buscabas? ¿Pa hacerla desgraciá? ¿No la tenías aquí? ¿No era tuya? Y en lugar de casarte con ella como los hombres honraos...

Fermín. (Con cinismo.) ¡Vamos, señá Prudencia! ¿Casarme? ¡No sueñe usté! Pero, ¿cómo quiere usté que yo me case con una mujer de la que no sé toavía quién es su padre?

Prudencia. ¿Eh?

Nati. ¡Fermín!...

Fermín. ¡Me hace a mí gracia tanta moralidad pa esto! ¿Tiene padre la Nati? ¿No? ¡Pues, entonces!... Cuando me diga usté quién es su pabre, hablaremos de matrimonio. ¡Nos ha fastidiao!...

Prudencia. ¡Canalla! ¡Vete! ¡Vete! ¡Fuera de mi casa! ¡Largo de aquí esta gente, que mancha!

Fermín. ¡De verano! (Y se marcha olímpicamente por el foro.)

Nati. (Con pena al verlo marchar.) ¡Fermín!... ¡Ay, madre!

Prudencia. ¡Déjalo, hija! ¡Ojalá no lo hubieras conocido! (Al señor Gabino.) ¡Y usté, con él! ¡Largo también! ¡Fuera de aquí!

El señor Gabino. ¡Señá Prudencia!

Nati. ¡Él, no, madre! ¿Por qué castigarlo a él, si él me ha salvao?

Prudencia. ¿Usté, señor Gabino?

El señor Gabino. ¡Yo, señá Prudencia! ¡Pa que luego diga usté que no me lavo! No me lavo, pero soy limpio .. ¡De corazón!

Prudencia. ¡Que Dios se lo pague! (A don Antonio.) Y usté, señor cura, ¿lo está usté viendo? ¿Se convence usté ahora? ¡Y decía usté!...

Don Antonio. Sí, hija, sí. Reconozco mi error.

Prudencia. ¡Si lo que a una madre se le escape!... (Echándose a llorar de bruces sobre la mesa camilla.) ¡Charrán! ¡Granuja! ¡Lo que me ha escupido a la cara! ¡Que no tiene padre la chica! No lo tiene, no. ¡Y bastantes lágrimas que me cuesta!... ¡Ay, Virgen mía, qué penita tan grande!

Don Antonio. ¡Pobre mujer!

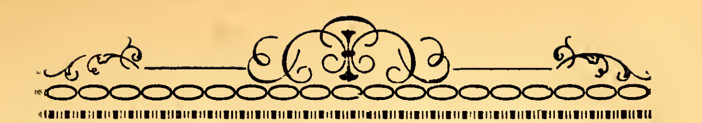
Coquito. (Con aire compungido, se arrastra materialmente

hasta llegar a las faldas de Prudencia, y allí, arrodillado a sus pies, le dice confidencialmente.) Señá Prudencia, no llore usté; yo no la quiero ver llorar. Yo se lo debo tó; usté me recogió de chiquitillo, usté me ha hecho un hombre... ¡Si le hace falta a usté un padre pa la Nati, aquí me tiene usté a mí!

Prudencia. (Dándole un empellón que le hace rodar por el suelo.) ¡Vamos, anda, morral! Pero, ¿qué estás diciendo?

(Don Antonio y el señor Gabino, a pesar de la triste situación, no pueden contener la risa. Nati continúa llorando. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es noche de verbena en el barrio, víspera de la Paloma. En el hueco del patio, y en el corredor de la casa, lucen los clásicos farolillos venecianos y las no menos clásicas cadenetas de papel.

—

(Al levantarse el telón, se halla la escena sola. La luz está encendida y la mesa puesta, con un solo cubierto: el del señor Gabino. COQUITO sale por la derecha, se encamina hacia el portón y lo abre; en el umbral de la puerta del foro, aparece MATILDE LA CLAVELES, con mantón de Manila y flores en el pelo.)

Matilde la Claveles. ¡Hola, Coquito! ¿Se pué pasar?

Coquito. ¡Adelante, mujer! ¡Tanto tiempo sin verte! (Matilde la Claveles entra en escena, y Coquito cierra el portón.)

Matilde la Claveles. ¿Está la Nati?

Coquito. Sí que está. (Asomándose a la puerta de la derecha.) ¡Nati! Sal, que tiés visita. (A Matilde la Claveles.) ¿Dónde vas con mantón de Manila?

Matilde la Claveles. ¡A la verbena, chico! ¿Sabes tú de alguna madrileña, castiza y postinera como yo, que deje de sacar esta noche el mantón de flecos y que, bien retrepá en una manuela, no se dé una vuelta por la Cava Baja? ¡Es la Paloma, hijo, y hay que hacerle honor a la Virgen del barrio!

Coquito. ¡Miá que el honor que tú le hagas a la Paloma, golondrina!...

(Por la derecha, sale NATI.)

Nati. (Sorprendida al encontrarse con Matilde.) ¡Matilde!
Matilde la Claveles. ¡Nati!
Nati. ¿Tú aquí?
Matilde la Claveles. ¿Te extraña verme?
Nati. Me sorprende un poco. ¿Pa qué te voy a engañar?
Matilde la Claveles. Y lo comprendo. Desde aquel maldito día—va ya pa un mes—en que me encontraste en este mismo sitio abrazá por Fermín, que no he puesto los pies en tu casa; pero, chica, el teatro no me ha dejao ni un minuto libre. Ayer se acabó la temporada, y hoy me tiés aquí, dispuesta a darte una explicación de lo sucedido; que no está bien que dos amigas, que se han querido siempre como hermanas, anden distanciás por una mala inteligencia.
Nati. Te agradezco tu interés, pero aquello pasó. Fermín ya no es mi novio, ni creo que vuelva a serlo; así es que te pués ahorrar las explicaciones, Matilde.
Matilde la Claveles. Sin embargo... Yo desearía hablar contigo.
Nati. Como quieras. Por mi parte, no tengo inconveniente. (Ofreciéndole una silla.) Siéntate y hablemos.
(Se sientan las dos. Coquito, muy interesado en la conversación, es el primero en sentarse entre Matilde y Nati, colocándose en actitud de no perder una sílaba.)
Coquito. Sí, sí; siéntate y habla.
Nati. (Después de mirar un rato, fijamente, a Coquito.) ¿Tú no tiés ná que hacer por allá dentro, Coquito?
Coquito. Yo, no.
Nati. ¡Pues vete a la cocina!
Coquito. Es que...
Nati. ¡Que te vayas, Coquito!
Coquito. (Humildemente.) Como dispongas, mujer. (Se levanta, decepcionado, y coloca la silla en su sitio.) ¡Qué genio! Y toavía hay quien está enamorao de tus formas. ¡Vaya unas formas! (Se marcha, por la derecha, con la cara muy triste.)
Nati. (A Matilde, por Coquito.) Luego, es un papagayo, que lo charla tó.
Matilde la Claveles. Por mi madre supe tu rompi-

miento con Fermín. No sabes la pena que tuve al suponer que fuera yo la causa inconsciente de vuestro disgusto.

Nati. No, chica.

Matilde la Claveles. Después me enteré de que eran otros los motivos. Y te confieso que, hasta entonces, no dormí tranquila. Me remordía la conciencia pensar que unas relaciones de tanto tiempo como las tuyas, se hubieran roto por mi culpa. Porque, te lo juro, Nati, me creas o no me creas; yo nada hice por atraerme a Fermín; fué él quien una mañana, aprovechando tu ausencia, me abordó aquí mismo. Y desde entonces, que no me ha dejao vivir; me ha perseguido por toas partes, ha sido mi sombra, hasta hace pocos días en que, al fin, ha lograo convencerse de que conmigo no adelantaba ni tanto así. Porque yo no seré una santa, pero tampoco soy una mala mujer que le robe a una amiga, como tú, el cariño de su novio. ¡De eso, ten la seguridad!

Nati. Y yo te creo, Matilde. ¿No ves que conozco a Fermín? ¡Más enamorao, no lo hay! ¡Vaya bendito de Dios, que bien me ha hecho sufrir con su carácter y con su modo de ser!

Matilde la Claveles. ¿Es que ya no le quieres?

Nati. Eso, no, Matilde; que clavao llevo su recuerdo en el corazón. Pero el tiempo es la mejor medicina pa estos males, y con el tiempo, ¡quién sabe si llegaré a no acordarme de que existe!... ¡Tiempo al tiempo, como dice don Antonio, el cura!

Matilde la Claveles. ¡Condenaos hombres!

Nati. Y condenás mujeres, que cuando no son ellos los malos, somos nosotras; que del dolor que yo sufro ahora por Fermín, sufre por ti Tomás. ¡Esto es una cadena, Matilde!

Matilde la Claveles. (Con tristeza.) Te vengas recordándome lo que más puede dolerme.

Nati. No fué ese mi intento.

Matilde la Claveles. Pero llevas razón.

Nati. Es la ley de las compensaciones. (Pausa.)

Matilde la Claveles. Y, bueno, dime: Fermín, ¿no ha hecho ná por buscarte, por hacer las paces contigo?...

Nati. ¡Vaya si ha hecho! A Coquito lo asalta siempre que lo ve y le da cartas, que yo le devuelvo sin abrirlas, y lo convida a chocolate...

(En este momento, COQUITO, que se supone se ha quedado detrás de la puerta, escuchando, sale por la derecha a corregir a Nati.)

Coquito. ¡Con churros!
Nati. ¿Cómo?
Coquito. ¡A chocolate con churros!
Nati. Pero, ¿estabas escuchando?
Coquito. No; es que pasaba por ahí y te oí lo del chocolate y, como te comías los churros, he salido pa rectificar.
Nati. ¡Ya estás tú buena pieza, Coquito!
Coquito. ¡Que es la verdad; que te lo juro, Nati! ¡Mi palabra!
Nati. ¡Anda, anda!...
Coquito. ¡Que nunca me han de creer por mi palabra!
Matilde la Claveles. Oye, Coquito, ¿y qué te dice Fermín cuando habla contigo?
Coquito. ¡Cualquiera se acuerda! Me dice la mar de cosas: que está loco por ésta, que no vive, que cá día atropella más gente con el auto...
Nati. Pero, bueno, esa no es una razón, porque tós los chóferes hacen lo mismo, y, si fuera así, iba a resultar entonces que el gremio entero estaba enamorao de mi persona.
Coquito. ¡La mar de cosas me dice!
Matilde la Claveles. Y tú, mientras tanto, aprovechando lo que puedes, ¿eh?
Coquito. ¡A ver qué vida! ¿A qué está uno?

(En el corredor, y tras la reja, aparece PRUDENCIA, de mantón y de mal genio.)

Prudencia. (Desde la reja.) ¡Abre, Coquito!
Coquito. Voy.
Nati. Mi madre.
(Coquito abre el portón y entra Prudencia en escena.)
Prudencia. ¡Santas y buenas! Dios te guarde, Matilde.
Matilde la Claveles. ¿Cómo está usté, seña Prudencia?
Prudencia. ¿Cómo quieres que esté? Achicharrá por dentro y por fuera. Me sangran y sale tinta china. ¡Qué noche de calor! (Quitándose el mantón y dándoselo a Coquito.)

Deja esto en mi cuarto. (Coquito se va, con el mantón, por la primera izquierda, y Prudencia se fija en que aún está puesta la mesa.) Pero, ¿qué pasa aquí? ¿Es que no ha venido toavía a cenar el señor Gabino?

Nati. Ya lo ves.

Prudencia. Bueno; a ese gachó también le voy a tener que cantar las cuatro verdades del barquero. Si ha tomao ésto por la Posá de la soga, que lo diga.

Nati. ¡Madre!

Prudencia. ¿Qué te ocurre? ¿Crees tú que son horas de venir a cenar a una casa decente las nueve de la noche?

Nati. ¿Y si el pobre ha tenido que hacer? Piensa que el que está sujeto a una obligación, no puede disponer a su capricho; que no es como antes, cuando estaba al servicio de Fermín...

Prudencia. ¡Ya salió el abogao defensor! ¡Si vieras la gracia que me hace!

Matilde la Claveles. Pero, el señor Gabino, ¿ya no está con Fermín?

Nati. Tarifaron de mala manera. Ahora trabaja en un tejar.

(Por la primera izquierda, sale COQUITO.)

Prudencia. Después de haberse pasao quince días sin encontrar ocupación y viviendo a mi costa.

Nati. ¡Madre!..

Prudencia. ¿Es mentira?

Nati. ¡Pero no debes decirlo!

Prudencia. Yo no digo más que la verdad.

Matilde la Claveles. Por lo visto, sigue usté sin tragar al señor Gabino.

Prudencia. ¡Y no lo trago!

Nati. Pues, el pobre, hace tó lo que puede por agradarte.

Prudencia. ¡Que agrade a su abuelo! ¡Puerco, más que puerco!

Nati. Antes, quizás; ahora, no.

Prudencia. Antes, y ahora, y siempre. ¡Lo lleva en la masa de la sangre!

Nati. Lo llevará en la masa de la sangre, pero no le sale al exterior.

Prudencia. ¡Y aunque así sea! A las personas se las

conoce con oírlas, y un hombre, como el señor Gabino, que pa maldecir, maldice del betún, una cosa que da brillo, y que pa ponderar lo que le satisface, dice que le gusta más que comer con los dedos, es puerco, aunque se bañe en agua de colonia cinco veces al día, y aunque lo vistan de caballero calatravo. ¡A mí qué me vas a contar!

Nati. Lo que quieras. Contigo no hay forma... Como la emprendas con uno... ¡Dios nos libre!

Prudencia. Pues, ¿y tú? Porque tú eres lo mismo. En este caso, el reverso de la medalla. A ti te ha dao por defenderlo y por parecerte bien tó lo que haga. En fin, con decirte, Matilde, que hasta le ha confeccionao un traje pa que lo estrene esta noche en la verbena, te lo digo tó.

Matilde la Claveles. Pero, ¿piensan ustedes ir a la verbena?

Prudencia. El señor Gabino se había empeñao en llevar a ésta...

Nati. Y a ti.

Prudencia. ¡Ese humor tengo yo! Y a la hora que es, menos.

Matilde la Claveles. Porque yo venía a eso; a decirles a ustedes que si nos querían acompañar. Mi madre ha quedao en alquilar una manuela y dentro de poco estará aquí a recogerme. Podemos ir las cuatro.

Prudencia. Gracias, chica.

Nati. Y de Coquito, ¿qué hacemos?

Coquito. Yo voy en el pescante.

Prudencia. ¡Tú donde vas es a la cama!

Coquito. ¡Señá Prudencia!

Prudencia. Pero que ya mismo. ¡Largo, a acostarte!

Nati. ¡Déjalo! ¿Qué va a hacer el chico metido entre sábanas tan temprano? ¡Que venga también! Tan hijo de Dios es como nosotros.

Prudencia. ¡Ay, qué releñe! Pero, ¡qué hija ésta, que tiene un corazón de mantequilla!

Coquito. (Mirando por la reja hacia la izquierda.) ¡Ya está aquí el señor Gabino!

Prudencia. ¡Pues me va a oír!

Nati. ¡Madre!

Prudencia. Y si tú no quieres oírme, vete con la Matilde a la cocina.

(Coquito abre el portón y entra por el foro EL SEÑOR GABINO, que trae unas copas de más dentro del buche. Su indumento es, poco más o menos, el mismo del acto segundo.)

El señor Gabino. (Plantándose de un soberano traspiés desde el foro en el centro de la escena.) ¡A las buenas noches!
Prudencia. (¡Ay, mi madre! Pero, ¿qué le pasa a este hombre? ¿Está borracho?)
El señor Gabino. ¡A las buenas noches, señá Prudencia y la compaña!
Prudencia. (¡Pero que como una cuba!)
Nati. ¡Señor Gabino!...
Prudencia. (¡Ah! Pues, esto, no. ¡Por esto no paso!) (Poniéndose frente al señor Gabino.) ¡Muy bonito, hombre, muy bonito!
El señor Gabino. ¿Le gusto a usté ya?
Prudencia. ¡Me gusta! ¡Vaya si me gusta!
El señor Gabino. ¡Eso salgo ganando!
Prudencia. ¡Era lo único que le faltaba a usté, pa acabar de ganarse mi simpatía!
El señor Gabino. ¡Señá Prudencia!
Prudencia. ¿Le parece a usté que estas son horas de presentarse y mucho menos de presentarse como usté se presenta; con una baba como pa que le den la denticina?
El señor Gabino. Perdóneme usté, señá Prudencia, pero no he podido venir antes.
Prudencia. Porque no le dejaba andar la cogorza, ¿eh?
El señor Gabino. ¡Mucho cuidao, señá Prudencia, que yo no estoy borracho!
Prudencia. ¿Que no está usté borracho? Pues, ¿cómo está usté?
El señor Gabino. Del catarro, mejor.
Prudencia. ¿Y encima pitorreo? ¡No le doy así!... ¡Vamos, hombre! La verdad que va usted descubriendo unas macas...
El señor Gabino. Que le repito a usté que no estoy borracho, señá Prudencia; que una cosa es estar alegre, que es como yo estoy, y otra, borracho.
Prudencia. Bueno, bueno... ¿Pa qué vamos a discutir? Ande usté a cenar, si va a cenar, que la lumbre se pasa y el carbón me cuesta a mí el dinero. Tú, Nati, y tú, Coquito, servirle la cena al señor Gabino.

Nati. ¿Vienes, Matilde?

Matilde la Claveles. Como quieras. ¡Se tarda ya mi madre!

(Nati, Matilde y Coquito, se van por la derecha. El señor Gabino se sienta a la mesa, se pone la servilleta y va a servirse un vasito de vino, pero Prudencia se apresura a quitarle la botella de la mano.)

Prudencia. ¡Más vino, no!

El señor Gabino. ¿Cómo?

Prudencia. ¡Que ya está bien con el que lleva encima! ¡Hoy no se bebe más!

El señor Gabino. ¡Pero, señá Prudencia!

Prudencia. ¡Que no se bebe he dicho!

El señor Gabino. ¡Bueno va! Me tié usté arrugao.

Prudencia. Ahora le pasaré una plancha.

El señor Gabino. ¡Señá Prudencia!

(Por la derecha, sale COQUITO con un humeante plato de lentejas, que coloca delante del señor Gabino.)

Prudencia. (Dándole a Coquito la botella.) Toma, Coquito. Llévatela a la cocina.

Coquito. ¿Está vacía? (Se echa un trago.)

Prudencia. ¡No está vacía!

Coquito. Perdone usté. Yo era pa probar... (Se marcha por la derecha.)

El señor Gabino. (Mirando el contenido del plato.) Esto, ¿qué son?

Prudencia. Lentejas. Si las quiere, las toma, y si no, las deja.

El señor Gabino. ¡Yo qué las voy a dejar! (Come.) ¡Pues están poco ricas! (Sigue comiendo.)

Prudencia. ¿Y es usté el hombre que iba a hacer méritos pa que yo lo quisiera, usté el hombre tenorio y conquistador que no se había enamorao nunca hasta conocerme a mí, usté la buena persona a quien yo tendría que adorar por fuerza, y se me viene hoy con esa papalina?

El señor Gabino. ¡Señá Prudencia!...

Prudencia. ¡Vamos, señor Gabino! Ni usté es hombre, ni le gusto yo, ni usté ha hecho el Tenorio más que en una función de aficionaos.

El señor Gabino. Pues, aunque usté lo dude, tenorio he sido.

Prudencia. ¡Ya, ya! (Y se marcha por la derecha para traerle un vaso con agua al señor Gabino.)

El señor Gabino. Y ahora va a ver la señá Prudencia quién soy yo llevándole el pulso a Alejandro Dumas. Si con este recursito que se me ha ocurrido no me la cuelgo a la bandola, ya me puedo despedir de ella pa siempre.

(Por la derecha, vuelve PRUDENCIA con un vaso con agua, que coloca sobre la mesa.)

Prudencia. Conque tenorio, ¿eh?

El señor Gabino. Y, ¡qué tenorio, señá Prudencia, qué tenorio!

Prudencia. (Sin hacerle caso.) Ya, ya...

(Prudencia no le presta oídos al señor Gabino juzgando pelmacería de borracho lo que va diciendo, y se entretiene en arreglar los objetos que hay sobre la cómoda, pero a medida que el señor Gabino avanza en su relato, va prestando atención á la charla hasta acabar interesándose. El señor Gabino, pone en ello especial empeño.)

El señor Gabino. ¡Me hubiera usté conocido en mis veinte años!... Todavía recuerdo que una vez, en el bautizo del hijo de un amigo mío, me llevé a una moza de rositas. ¿Se entera usté? ¡De rositas! Y, ¡qué moza! Menudita y chiquita, viva como una centella, así como usté... ¡Más salá era!... Y cuente usté con que en la vida le había yo hablao hasta aquella noche.

Prudencia. (Con gesto de asombro, que no pasa inadvertido para el señor Gabino.) (¡Dios mío! Pero, ¿qué dice este hombre?)

El señor Gabino (¡Ya ha picao!) Y me la llevé por mi cara bonita, por mis hechuras serranas. ¡Pa que usted lo sepa!

Prudencia. (Temblorosa.) (¡Ay, Señor!... ¡Ay, Virgen Santísima!)

El señor Gabino. (¡Pica, pica!) Morena clara, con una mata de pelo que podía envolverse en ella; era un manto real que le arrastraba.

Prudencia. (Cada vez más temblorosa.) (¡Ay, pero que esa soy yo!.. ¡Pero, que este hombre es aquél! ¿Será posible, Jesús mío?)

El señor Gabino. Fué una conquista de las que bastan por sí solas para labrar la reputación de un hombre.

Prudencia. ¡De un granuja!

El señor Gabino. ¿Cómo?

Prudencia. Ná; siga usté, siga usté. (Se apoya en una silla para no caerse.)

El señor Gabino. (Levantándose y yendo hasta ella.) ¿Se pone usté mala, señá Prudencia? (¡Esto marcha! ¡Se ha tragao el paquete!)

Prudencia. No, señor; no, señor. Un mareíllo; ya pasó. ¡Siga usté! Me interesa la historia. (Yendo hacia COQUITO, que sale por la derecha, con un filete de carne en un plato, quitándole el plato y dándole el de las lentejas, que ya ha consumido el señor Gabino.) Trae, Coquito. Llévate esto, y no vuelvas más hasta que yo te avise. (Coquito se marcha por la derecha, el señor Gabino vuelve a sentarse, y Prudencia le interroga ávida de curiosidad.) ¡Siga usté, señor Gabino, sígame usté contando! ¿Cómo se llamaba esa mujer?

El señor Gabino. ¿Quién se acuerda del nombre? ¡Hace ya tantos años!... (Come.)

Prudencia. ¡Qué infamia! ¡Olvidarse hasta del nombre de una pobre mujer que se lo sacrificó a usté tó en un momento de locura!... Pero usté le juraría que se iba a casar con ella...

El señor Gabino. Eso, siempre.

Prudencia. Y la emborracharía usté, si a mano viene, pa tenerla más segura...

El señor Gabino. Eso, siempre también.

Prudencia. Y le prometería usté no abandonarla nunca...

El señor Gabino. Natural.

Prudencia. Y luego...

El señor Gabino. ¡La del humo! A la mañana siguiente, salí de Madrid, y no he vuelto a la corte hasta hace unos meses.

Prudencia. ¡Bonito proceder!

El señor Gabino. En los veinte años, tó tiene una disculpa, señá Prudencia.

Prudencia. ¡Menos eso! Eso es una villanía a los veinte años, en pañales y con la edad de Matusalén, señor Gabino.

El señor Gabino. Y ¿quién no tendrá en el mundo alguna trastá de que acusarse? Son frutos de la juventud; luego viene la reflexión y se arrepiente uno.

Prudencia. Dígame usted una cosa, señor Gabino; si usté viera de nuevo a esa mujer, ¿la reconocería?

El señor Gabino. ¡Qué se yo! Tal vez no.

Prudencia. ¡Ni aún eso!.

El señor Gabino. ¿No le digo a usté que no hablé con ella más que aquella noche? Pero la he recordao muchas veces en esta vida; muchas, señá Prudencia. La Pitusa, me creo que le decían, por lo menudilla que era.

Prudencia. ¿La Pitusa?

El señor Gabino. Así me quiero recordar que la llamaban.

Prudencia. Y a usté, ¿cómo le decían entonces?

El señor Gabino. El Pollo.

Prudencia. ¿El Pollo?

El señor Gabino. ¡El Pollo! ¡Y había que verme! Era un pollo bien.

Prudencia. ¡Bien sinvergüenza! (¡Es él, es él! No me cabe duda. Pero, Señor, ¿cómo es posible? ¡De aquel hombre que yo conocí, a este morcón con esa barriga!... Pero, ¿cómo puede dar tanto de sí el pellejo?...) (Cayendo medio desvanecida en una silla.) ¡Ay, que yo me pongo muy mala! ¡Ay, señor Gabino!...

El señor Gabino. (Levantándose y acudiendo en auxilio de Prudencia.) ¡Señá Prudencia!... Pero, ¿qué le pasa a usté? ¡Nati! ¡Coquito!

Prudencia. ¡Cállese usté, cállese usté, y no llame a nadie!

(En el corredor, y tras la reja, aparece DON ANTONIO, de hábitos.)

Don Antonio. (Desde la reja.) Santas y buenas noches nos dé Dios.

El señor Gabino. ¡El cura!

Prudencia. ¡Don Antonio! ¡Bien venido sea!

Don Antonio. (Desde la reja.) ¿Hay permiso?

Prudencia. (Al señor Gabino.) Abra usté la puerta y déjeme a solas con él. Se lo suplico, señor Gabino.

El señor Gabino. Como usté quiera. ¡No faltaba más! (Abre el portón, y entra por el foro don Antonio.) Pase usté, señor cura, pase usté. (Cierra el portón y hace una reverencia a don Antonio.) Con su licencia. (Se marcha por la segunda puerta de la izquierda.) (¡Soy un hacha!)

Prudencia. (Echándole los brazos al cuello a don Antonio, y presa de una crisis nerviosa.) ¡Ay, don Antonio de mi alma!

Don Antonio. ¿Qué te ocurre, hija?

Prudencia. Lo más grande, lo más horrible, lo más espantoso...

Don Antonio. ¡Vamos! Habla. Y ¿qué es ello? No me tengas en esta inquietud.

Prudencia. ¡Que ha parecido el padre de mi chica!

Don Antonio. ¿Qué?...

Prudencia. Y es quien menos pueda usté imaginarse.

Don Antonio. ¿Cómo?

Prudencia. ¡El señor Gabino!

Don Antonio. (Sin dar crédito a lo que oye.) ¿El señor Gabino? ¡Vamos, criatura!

Prudencia. Como se lo digo a usté. Acabo de enterarme por una chiripa Él no sabe toavía que yo soy yo, ni se lo calcula siquiera... ¡Pero es él, es él, don Antonio de mi vida! ¡Es él! ¿Qué hago? ¡Aconséjeme usté en este trance!

Don Antonio. ¡Vaya, vaya, tranquilízate y hábleme con calma, porque esto es un barullo del que no saco nada en limpio! ¡Siéntate y tranquilízate! (Se sientan.) ¿Qué pasa? ¿Por qué supones tú que el señor Gabino es el padre de la Nati? ¿En qué te fundas?

Prudencia. En que él mismo lo ha confesao sin sospechar que fuese yo la interesá. ¡Sí, señor cura! ¡Es él!

Don Antonio. ¡Pues si es él, alégrate! ¿Qué vas perdiendo? ¿No está enamorado de ti? ¿No le gustas?

Prudencia. ¡Ay, señor cura de mi corazón, que es muy gordo lo que a mí me sucede! (Cogiéndole una mano.) Mire usté cómo estoy toavía: helá. Si es mucho lo que a mí me ha entrao por el cuerpo: un hormiguillo, un temblor, un no sé qué...

Don Antonio. ¡Cálmate, cálmate!

Prudencia. Si a usté le dicen que es la hija de sus entrañas...

Don Antonio. Pon otro ejémplo.

Prudencia. ¿Qué más da? Que la hija por quien una ha suspirado y ha derramao tantas lagrimas, al verla desgraciá y sin padre, de pronto, se encuentra con él, cuando menos lo espera... ¡Ay, señor cura, señor cura, que yo no sé si reírme o si llorar! (Llorando.) ¡Ay, qué alegría! (Con risa nerviosa.) ¡Ay, que usté no sabe lo que es esto!

Don Antonio. ¡Calma, Prudencia! Serenidad. ¿Cómo ha sido? ¿Cómo has averiguado?...

Prudencia. Verá usté; el señor Gabino se ha presentao esta noche algo pintón, con media en las agujas, como suele decirse; se ha puesto a cenar y cenando, entre burlas y veras, ha empezao a contarme mi propia historia, la historia de mi perdición y mi ruina. Y a las resultas es él, él mismo, el charrán de aquella noche de hace ya tanto tiempo, el que me engañó, el que me dejó, el que se fué de Madrid, el padre de mi chica.

Don Antonio. Te oigo y me parece un sueño. ¿Será posible? ¡Qué cosas hace Dios! Y tú, ¿no le has dicho?... ¿No le has hablado?...

Prudencia. No me he atrevido, señor cura. Como le gustan las mujeres callás... ¡Y yo ya no despego los labios mientras viva!

Don Antonio. Pues hay que hablarle, decirle la verdad, abrirle los ojos a la luz...

Prudencia. Pero, ¿querrá casarse conmigo ahora? ¿Querrá reconocerme a la Nati, darla su nombre?...

Don Antonio. ¿No ha de querer? El señor Gabino es una persona honrada y, seguramente, estará dispuesto a lo que sea menester, a remediar su daño... ¡No faltaba más!

Prudencia. ¡Ay, señor cura, si usté lo convenciese!...

Don Antonio. Yo, no; has de ser tú, tú misma la que afrontes con él la situación.

Prudencia. ¿Yo, señor cura? Pero ¿tendré fuerzas?...

Don Antonio. Dios habrá de dártelas. Llámale y cara a cara.

Prudencia. ¡Ay, señor cura, que no sé si me atreveré!..

Don Antonio. ¿No has de atraverte, mujer? Llámamale, llámale... (Levantándose.) Yo me voy con tu chica. ¿No está la Nati?

Prudencia. Por allá dentro.

Don Antonio. Pues, anda, anda... Cuanto antes, mejor. Y bendice al Señor que lo ha traído. Los altos juicios de Dios son siempre incomprensibles.

Prudencia. ¡Que no se le vaya a usté a escapar ná con la Nati!

Don Antonio. Descuida, mujer, descuida. ¡Ánimo, y a ello! ¡A ello, Prudencia! (Lo veo y no lo creo. ¡Señor, Señor, cuánta es tu bondad y cuánta tu infinita misericordia!)

(Don Antonio se va por la derecha. Prudencia queda un momen-

to sin saber qué hacer; da dos pasos hacia la habitación del señor Gabino y retrocede cuatro. Al fin, se decide a llamarlo.)

Prudencia. ¡Ay, Virgen de la Paloma, dame valor y haz porque este hombre no se me repuche! (Asomándose a la segunda puerta de la izquierda.) ¡Señor Gabino! ¿Quiere usté hacer el favor de salir un momento? (¡Madre mía, valor!)

(Por la segunda puerta de la izquierda, sale EL SEÑOR GABINO.)

El señor Gabino. Con la mar de gusto, señá Prudencia.

Prudencia. Gracias. (Mirándolo fijamente.) (Por más que lo miro, no se le parece en ná... Pero, ¿cómo pueden cambiar tanto las personas?)

El señor Gabino. Usté me dirá.

Prudencia. (Invitándole a sentarse cerca de ella.) Venga usté aquí· siéntese usté a mi lao.

El señor Gabino. Pero que con la mar de gusto.

(Se sientan los dos, muy juntos el uno del otro. Prudencia, sin saber cómo romper, le pasa varias veces la mano por el traje al señor Gabino, le sonríe con su mejor sonrisa, le tira pellizquitos... El señor Gabino no sale de su asombro.)

Prudencia. ¡Ay, señor Gabino!... ¡Gabinito!... ¡Señor Gabino! ..

El señor Gabino. ¡Caray! ¿Qué pasa?

Prudencia. (Dengosa.) ¡Míreme usté!

El señor Gabino. Ya la miro.

Prudencia. ¿No le recuerdo a nadie?

El señor Gabino. No, señora.

Prudencia. (Dándole una palmadita en el hombro.) ¡Jesús, qué mal fisonomista! Míreme usté bien, Gabino. (Suspirando amorosamente.) ¡Ay, Gabino!

El señor Gabino. (Mosqueado.) ¡Rediez! ¿Qué hay?

Prudencia. (Con gran rubor.) ¡Que yo... soy ella!

El señor Gabino. ¿Quién?

Prudencia. ¡Qué torpe! No lo adivina. ¡Ella!

El señor Gabino. Pero, ¿quién?

Prudencia. ¡La Pitusa! (Y oculta su rostro en el pecho del señor Gabino.)

El señor Gabino. ¿Cómo?

Prudencia. ¡Qué vergüenza, qué vergüenza!

El señor Gabino. (Acariciando con sus manos la cabeza de Prudencia y con gran exaltación.) ¿Qué?... ¿Usté?... ¿Tú?

Prudencia. Sí, Gabinito... ¡Yo!

El señor Gabino. ¡Dios mío!

Prudencia. (Llorando.) Yo la pobre mujer que tú dejaste, yo la infeliz que se rindió ante tus palabras...

El señor Gabino. ¿Tú?... Pero, ¿tú?...

Prudencia. ¡Sí, Gabinito, sí!

El señor Gabino. ¿Luego la Nati?...

Prudencia. ¡Tu hija!

El señor Gabino. (Levantándose.) ¿Mi hija?

Prudencia. (Avanzando hacia la derecha.) ¡Nati!

(Por la derecha aparece NATI, con cara de sorpresa, seguida de MATILDE LA CLAVELES, COQUITO y DON ANTONIO.)

Nati. ¿Qué?

Prudencia. (A Nati, señalándole al señor Gabino.) ¡Abraza a tu padre!

Nati. ¿Quién?

Prudencia. ¡El señor Gabino!

Nati. ¿Mi padre?

El señor Gabino. (Abriéndole sus brazos.) ¡Hija!

Nati. (Corriendo a abrazar al señor Gabino.) ¡Padre!

Coquito. (Sorprendido.) (¡Madre!)

Matilde. (Sorprendida.) (¡Virgen!)

Don Antonio. (Con emoción.) (¡Qué cuadro!)

El señor Gabino. (Separándose de Nati y abrazándola de nuevo.) ¡Hija de mi alma!

Nati. ¡Padre!

Prudencia. (Llorando.) Me conmuevo, me conmuevo.

Nati. (Abrazando a Prudencia.) ¡Madre!

Prudencia. ¡Hija!

Coquito. (Abrazando a don Antonio, llorando, al ver llorar a todos.) ¡Padre!

Don Antonio. (Dándole un empellón.) ¡Hijo!

El señor Gabino. ¡Qué alegría! ¡Qué dicha tan grande! ¡Encontrar una hija! (Volviendo a abrazar a Nati.) ¡Hija mía!

Prudencia. ¡Eso es! Tó pa ella y ná pa mí! ¡Ingrato!

El señor Gabino. También. (La abraza.) ¡Prudencia!

Prudencia. ¡Gabino! ¡Mi Gabinito! ¡Mi Gabinete!

El señor Gabino. ¡Santa mujer! ¡Mujer de la Biblia!

Coquito. (¡Anda la Biblia!)

El señor Gabino. (A Nati.) Y ahora es cuando yo te traigo aquí a Fermín, aunque sea a rastras, pa que se case contigo. Ya no hay pretextos... ¡Porque ya tienes padre!

Nati. ¡Padre mío!...

El señor Gabino. ¡Hija!

Nati. (A don Antonio.) Pero, ¿por qué es mi padre el señor Gabino? ¿Qué ha pasao?

Don Antonio. Ahora te enterarás.

Prudencia. (Al señor Gabino, que ha cogido su sombrero y se dispone a marcharse.) No seas loco, Gabino. ¿Dónde vas? Espera un poco.

El señor Gabino. ¡Déjame! Voy por él. (Abre el portón y en el umbral de la puerta del foro aparece VERÓNICA, con un traje de seda, llamativo, una capotilla, que parece que se la han tirado desde un quinto piso y un perro en los brazos.) ¡Señá Verónica! ¿Usté con güito y perro sin que el almanaque anuncie carnaval? ¡Pasó usté por el aro!

Verónica. ¿Qué quiere usté? Se empeñó mi hija... Y como un hijo se empeñe...

El señor Gabino. Lleva usté razón. ¡Los hijos mandan! (Cediéndole el paso.) ¡Entre usté, señá Verónica, entre usté y que le cuenten! ¡Hoy es día grande en esta casa! (Verónica entra en escena. El señor Gabino se despide de todos.) ¡Hasta ahora mismo!

Prudencia. (Al pasar el señor Gabino por el corredor y tras la reja.) ¡Adiós! ¡Que no me tardes!

(El señor Gabino desaparece por la izquierda del foro. Matilde la Claveles es la primera en adelantarse a felicitar a Prudencia.)

Matilde. ¡Que sea enhorabuena, señá Prudencia! Conque, ¿tan callao se lo tenía?

Verónica. Pero, ¿qué pasa? ¿Qué pasa?

Matilde. ¿No sabes? Que el señor Gabino ha resultao el padre de la Nati.

Verónica. (Asustada.) ¡No me lo digas!

Matilde. ¡Pues no me lo preguntes!

Verónica. ¿Es posible?

Don Antonio. Sí, señora Verónica. En este mundo todo es posible.

Verónica. Pero, ¿qué me cuenta usté, señá Prudencia?

Prudencia. Ná, señá Verónica. (Dejándose caer en una

silla.) ¡Ahora no puedo! Las emociones... La sorpresa. . El... La... Lo... ¡Estoy que me caigo!

Verónica. (A Nati.) ¡Pues, cuenta tú!

Nati. Si yo sé menos que usté!

Don Antonio. Nada, señora Verónica. ¡La Providencia! Dios que dispone las cosas a su capricho y que más nos favorece cuando más creemos que nos olvida. Ya vió usté el odio con que esta mujer recibió en su casa al señor Gabino, que a punto estuvo de echarlo, y ya ve usté lo que ha resultado al fin de cuentas. Nunca sabemos por qué caminos ha de llegar la justicia divina hasta nosotros. ¡Bendigamos a Dios!

Verónica Si esto parece una novela.

Prudencia. Sí que lo parece, pero es la realidad. ¡La realidad, señá Verónica!

Verónica. ¡Figúrese usté cuánto me alegro!

Prudencia. Gracias, señá Verónica, muchas gracias.

Verónica. Cuando yo le decía a usté por broma que se casaría usté con el señor Gabino, ¿quién iba a pensar que era el padre de la Nati?

Prudencia. ¿Ha visto usté? ¡Esta es la vida!

Verónica. Pero, bueno, ahora ná de entristecerse. ¡Alegría!

Prudencia. Sí que la tengo. ¡Y muy grande! No por mí. ¡Por esta hija!

Nati. ¡Madre!

Prudencia. ¡Por ella! Por verla feliz y dichosa y por que ya desde hoy podrá caminar siempre con la frente muy alta.

Nati. ¡Qué buena eres!

Prudencia. Con parecértelo a ti, me sobra.

Coquito. Oiga usté, señá Prudencia, y ¿no sabe usté si será mi padre también el señor Gabino?

Prudencia. Pero, ¿qué va a ser tu padre, si tu padre era guardia?

Coquito. ¿De porra?

Prudencia. Pues, ¿no le conociste tú? ¡El demonio del crío! ¿A ver si te has creído que el señor Gabino va a ser el padre universal?

Coquito. (Retirándose a un rincón.) Disimule usté, si he faltao.

Don Antonio. (Riéndose.) ¡Este Coquito!...

Matilde. (A Coquito.) Te la has ganao.

Coquito. ¡Pero que no doy una!

Don Antonio. Bueno, Prudencia, yo con tu permiso me retiro.

Prudencia. ¿Se va usté, señor cura?

Don Antonio. Es tarde para mí. Celebro lo ocurrido y te doy toda suerte de parabienes.

Prudencia. ¡Que Dios se lo pague!

Don Antonio. La misa que me tenías encargada se celebrará mañana a las ocho en San Lorenzo.

Prudencia. ¿Ya no es a las nueve?

Don Antonio. A las nueve se dice la cantada. Para prevenirte del cambio de hora había venido y por fortuna he llegado a tiempo de ser el primero en participar de tu dicha. Te felicito y hasta mañana, hija.

Prudencia. Hasta mañana, señor cura.

Don Antonio. Y observa cómo la prudencia da sus frutos. En la vida, ya lo dijo el sabio, vale más una onza de prudencia que una libra de astucia. Por ti, por ti misma puedes sacar las consecuencias.

Prudencia. Sí, señor.

Don Antonio. Adiós, señora Verónica. ¡Adiós, Nati! ¡Adiós a todos! Buenas noches.

Nati. Vaya usté con Dios.

Todos. Buenas noches.

(Vase por el foro don Antonio.)

Prudencia. ¡Es un santo!

Nati. ¡Es un bendito!

Verónica. (A Matilde.) Y aquí ¿qué hacemos? ¿Vamos a la verbena o no vamos? Porque yo abajo tengo el coche.

Nati. ¡Vaya si vamos! En cuanto vuelva el señor Gabino, es decir, mi padre.

Prudencia. Eso: tu padre.

Coquito. ¡Pues, tira pa alante, porque ya está ahí el señor Gabino! (Esto lo dice desde el corredor.) ¡Y que no viene solo!

Matilde. (A Verónica.) ¡Vámonos, madre!

Verónica. Pero, ¿no las aguardamos?

Matilde. Vamos a quitarnos de enmedio. (Arrastrando a Coquito.) ¡Vente con nosotras, Coquito! (Se van por la derecha Matilde y Coquito. Los sigue Verónica.)

Verónica. Pero, ¿qué le ha entrao? ¡Ay, qué hija de mis culpas! (Desaparece por la derecha.)

(Por el foro entran EL SEÑOR GABINO y FERMÍN, aquel muy alegre y éste un poco avergonzado.)

El señor Gabino. ¡Pasa, Fermín, pasa! (A Nati.) ¡Aquí lo tienes! Le daba vergüenza de venir. ¡Al muy cabezota!...

Fermín. ¡Nati!... ¡Señá Prudencia!...

(Prudencia y Nati, bajan la vista al suelo.)

El señor Gabino. ¡Fuera rencores! ¡Pelillos a la mar! ¿Verdad, Prudencia?

Prudencia. Lo que tú digas, aunque en este caso debe ser lo que diga la Nati.

Fermín. Yo a usted y a ella les pido perdón por lo pasao.

El señor Gabino. (A Prudencia.) Anda; vamos a dejarlos solos, que ellos se arreglen como puedan. Mientras tanto nos vestiremos nosotros. ¡Porque hay que asistir a la verbena! ¿Eh, Nati? ¿Eh, Prudencia?

Prudencia. Lo que tú dispongas, Gabino. Ya aquí, desde hoy, no habrá más voluntá que la tuya, que pa eso eres el amo de la casa.

El señor Gabino. Aquí no hay más ama que tú, ni más voluntá que tu capricho.

Nati. (Al señor Gabino.) ¿Estrenará usté el traje que le he hecho?

El señor Gabino. ¿Esta noche, mujer?

Nati. Y ¿por qué no?

El señor Gabino. Si ese es tu gusto estrenaremos el traje. ¿Qué remedio? ¡Anda, Prudencia! (Prudencia se va por la primera izquierda. Gabiuo se dirige a Nati.) Y no seas muy cruel con él, que el pobre viene arrepentido. (Vase por la segunda izquierda.)

Fermín. (Después de una pausa.) ¡Nati! (Ella lo mira largamente y torna a bajar la vista al suelo. Él se acerca a ella.) ¡Nati! ¿Por qué de mis ojos los tuyos retiras?

Nati. ¿Vas a cantarme *La Revoltosa?*

Fermín. Voy a cantarte el «Yo, pecador». No trato de justificarme contigo, porque, ¿pa qué? Hay cosas que no tienen disculpa, pero que sí pueden tener perdón. ¡Perdóname tú, que tan buena eres!

Nati. Merecías que no te perdonara.

Fermín. ¿Por qué, mi vida? ¿Te parece que no he estao castigao bastante con este mes que me he pasao sin verte? ¿Quieres mayor castigo pa un hombre, que

sólo vive de mirarte, que esta separación de treinta días? ¡Treinta días que han sido pa mí treinta mil años; lejos de ti, despreciao por ti, abandonao de ti!...

Nati. Nadie te echó, que por tu gusto te fuiste. Si tuya fué la acción, ¿de qué te quejas?

Fermín. De tu desvío, de tu afán de no creer en mi arrepentimiento. Carta que le daba a Coquito pa ti, carta que Coquito me devolvía al día siguiente sin romper el sobre.

Nati. Y ¿qué menos podía yo hacer después de lo que tú hiciste aquella tarde? Coger un puñao de fango y tirármelo a la cara... Pero, como Dios no se queda con ná de nadie, ya has visto lo que ha tardao en parecer mi padre, ese padre que tú exigías pa casarte conmigo.

Fermín. ¿Quién? ¿El señor Gabino?

Nati. ¡Mi padre!

Fermín. No sé yo qué será peor; si no tenerlo o que sea el señor Gabino.

Nati. ¡Fermín!

Fermín No te alteres, mujer; lo digo, porque igual me da a mi ya, que tengas padre, que que no lo tengas. Dispuesto estoy a que nos casemos cuando quieras y mientras más pronto, mejor.

Nati. ¿De veras, Fermín?

Fermín. Te lo juro. Te has metido en mi corazón, y hasta que no nos hemos separao, no me he dao yo bien cuenta de lo que te quiero. Disponlo tó y pa antes de quince días, las bendiciones.

Nati. ¿No me engañas?

Fermín. ¡Que se me descomponga el taxi, si te miento!

(Por la segunda izquierda, sale EL SEÑOR GABINO, con un traje de hilo, color crema, muy claro.)

El señor Gabino. ¿Se firmó el armisticio?

Fermín. ¡Señor Gabino! Pero ¿dónde va usté de don Tancredo?

El señor Gabino. ¿Has visto, hijo? Regalo de tu novia y de su madre, que se han empeñao en vestirme de horchata.

Nati. ¡Pues, le cae muy bien!

El señor Gabino. No te digo que no. Si me pones

dos pajitas en los bolsillos, hasta pué que den ganas de chuparme.

(Por la derecha salen VERÓNICA, COQUITO y MATILDE LA CLAVELES.)

Verónica. Pero, bueno ¿es que nos vamos a pasar la noche en casa?

(Matilde y Coquito se acercan a Nati y a Fermín y los felicitan por el arreglo. Verónica y el señor Gabino avanzan hasta el primer término, lejos del grupo que los otros forman al fondo.)

El señor Gabino. No, señá Verónica, que ya mismo nos trasladamos a la rúe; en cuanto acabe de arreglarse Prudencia.

Verónica. ¡Ya me he enterao, señor Gabino! ¡Mi más cordial! Pero ¿es posible que sea usté el padre de la Nati?

El señor Gabino. Ya se lo habrán dicho. ¡Cosas de la vida! Que lo que está de Dios, a la mano se viene.

Matilde la Claveles. ¡Mi enhorabuena, Fermín!

Fermín. ¡Gracias, Matilde!

(Por la primera izquierda sale PRUDENCIA, de veinticinco alfileres y mantón de Manila. Hay un murmullo de admiración en todos al verla tan compuesta.)

Prudencia. ¿Estamos listos?

Verónica. ¡Señá Prudencia!

Matilde la Claveles. ¿Quién la conoce?

(Nati entra un momento por la primera izquierda y sale a poco con su mantón de Manila.)

El señor Gabino. ¡Y ole ahí por las mujeres guapas!

Prudencia. Guapa, no. Vistosilla, si acaso. ¡Te gusto?

El señor Gabino. ¡Más que comer... con cuchara!

Prudencia. ¡Gracias a Dios! Tú tampoco vas mal.

El señor Gabino. ¿Te gusto así? Porque si no te gusto así, mañana me compro una pecera pa que me eches en agua.

Prudencia. ¡Exagerao!

El señor Gabino. ¡En marcha! Cada oveja con su pareja. Tú, Coquito, tira delante con la Matilde; tú, Nati, vete detrás con Fermín. (Dándole el brazo a Prudencia.) ¡Y tú, conmigo!

Verónica. Y yo ¿con quién?

El señor Gabino. Usté con el perro.

Verónica. ¡Señor Gabino!...

Prudencia. (Llevándose aparte al señor Gabino.) Oye tú aquí, antes de que salgamos.

El señor Gabino. ¿Qué pasa?

Prudencia ¡Que a mí no me la has dao, romancero!

El señor Gabino. ¿Cómo?

Prudencia. Que ya sé yo que no eres tú el padre de la chica, pero que la nobleza de tu acción, me ha ganao la voluntad y que esa nobleza bien merece mi cariño. ¡Pa que no te vayas a pensar que yo me chupo el dedo!

El señor Gabino. (Asombrado.) ¡Prudencia!...

Prudencia. Anda, anda, no pongas esa cara de atontao y... ¡Tira pa la verbena, Julio Verne!

(Y al iniciar el mutis hacia la calle, entre la alegría de todos, cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, noviembre, 1925.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edición.)

¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Cuarta edición.)

Los ídolos, comedia en dos actos. (*)

El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.

Correo de gabinete, entremés. (*)

El patio de los naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)

Punta de viuda, entremés.

El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)

La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

Primavera de la vida, comedia en un acto.

La casa de los pájaros, drama en cuatro actos. (Segunda edición.)

Mañanita de San Juan, entremés. (Segunda edición.)

Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.

El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

La sal del cariño, entremés.

La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.

La caseta de la feria, comedia en tres actos.

Alfonso XII, 13, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

La mujer de su casa, sainete.

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

El Otelo del barrio, sainete en tres cuadros, con música del maestro Jacinto Guerrero.

Inmaculada, comedia en tres actos.

Constantino Pla, comedia en tres actos.

El clavo, comedia en tres actos.

El paso del camello, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

Cándido Tenorio, sainete en cinco cuadros, dispuestos en dos actos, con música del maestro Jacinto Guerrero.

El primo, comedia en tres actos.

La negra, comedia en tres actos.

Pimienta, comedia en cuatro actos.

La señorita Primavera, comedia en tres actos.

Colonia de lilas, comedia en tres actos.

La Prudencia, comedia de costumbres populares, en tres actos.

La copla vengadora, novela.

La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo».)



Sucesor de R. Velasco.—Telef. 5-54
Marqués de Santa Ana, 11 duplica